



SILLA E. PARA B.B.



ALF REGALDIE

Alice Vernon frunció ligeramente el ceño cuando al aparecer a la puerta de la oficina del fiscal, vio la nube de periodistas que aguardaban ávidos de sensacionalismo.

Rubia, alta, de espléndida figura, elegante y atractiva, vestía con graciosa sencillez un escueto traje de mañana.

No había contado con aquello y se detuvo.

Hubiese retrocedido; sin embargo, reaccionó pronto y se dispuso a seguir, alzando la cabeza, como si con ello previniese a los de la Prensa.

Dispararon varios *flashes*, a los cuales no intentó hurtarse, aunque endureció el gesto. Un periodista adelantó sonriendo con expresión mortificante.



Alf Regaldie

Silla E. para B. B

Bolsilibros - Servicio Secreto - 909

ePub r1.0

Lds 30.12.17

Título original: *Silla E. para B. B*

Alf Regaldie, 1968

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Alice Vernon frunció ligeramente el ceño cuando al aparecer a la puerta de la oficina del fiscal, vio la nube de periodistas que aguardaban ávidos de sensacionalismo.

Rubia, alta, de espléndida figura, elegante y atractiva, vestía con graciosa sencillez un escueto traje de mañana.

No había contado con aquello y se detuvo.

Hubiese retrocedido; sin embargo, reaccionó pronto y se dispuso a seguir, alzando la cabeza, como si con ello previniese a los de la Prensa.

Dispararon varios *flashes*, a los cuales no intentó hurtarse, aunque endureció el gesto. Un periodista adelantó sonriendo con expresión mortificante.

Comenzó:

—Señorita Vernon. ¿Ensayó con su difunta tía el envenenamiento para darle dimensiones reales en el estreno de su obra?

Se detuvo en seco la linda actriz y con agilidad felina atacó, descargando un fuerte golpe con su bolso en la cara del periodista, el cual al intentar esquivar golpeó a un fotógrafo.

Cayeron los dos y la máquina con ellos, produciéndose el consiguiente tumulto.

Los demás fotógrafos, como buitres que esperan su ocasión, se lanzaron con sus máquinas sobre el grupo, disparando varios *flashes*.

Intentó escapar Alice aprovechando el momento; pero la rodearon rápidamente para fotografiarla unos, mientras los otros le dirigían las más diversas e impertinentes preguntas, de tono semejante a la que había provocado su reacción de violencia.

—¡Sucias cucarachas! —Les escupió.

El proyectil verbal no los asustó y estrecharon el cerco.

De improviso intervino un joven, quien de tres manotazos apartó a otros tantos periodistas, dos de los cuales rodaron por el suelo.

Al ver caídos a sus compañeros, un joven periodista con pretensiones de atleta, atacó al desconocido.

Éste le recibió de forma desconcertante esquivando ligeramente de cintura a la vez que le colocaba un seco izquierdazo al hígado.

Amarilleó el rostro del periodista, quien a su vez se dobló hacia delante.

Estuvo a merced de la derecha del desconocido, el cual no quiso abusar de su superioridad y se abstuvo de golpear al darse cuenta de que el otro estaba vencido.

—Vamos, señorita Vernon. Es el momento —dijo el joven tomando a la atractiva rubia de la mano y tirando de ella ligeramente.

—¿Quién es usted? —preguntó con desconfianza.

—No tema. No soy periodista... He sido discípulo de su tío.

La protegió con su corpachón para que no pudiesen volver a fotografiarla y la llevó hasta el automóvil de ella.

—¿Va a casa de su tío?

—Sí.

—La seguiré en mi coche. Me llamo Glenn Harwey...

—¿Glenn Harwey? Le he oído nombrar...

—Es posible. Su tío me apreciaba mucho...

—No creo que fuese a él...

Periodistas y fotógrafos iniciaron un movimiento para acercarse a la pareja al ver que ella no se marchaba.

Pero Glenn giró de cara a ellos, endureció el gesto y cerró los puños como indicando que estaba dispuesto a actuar por el camino de la violencia.

Y el grupo se detuvo, mostrando no respeto, sino temor.

—Vamos, ya hablaremos en casa de mi tío. Parece que le temen...

—Es posible... Ellos se atreven con quien se atreven...

Subió la rubia a su automóvil, ocupó Glenn su convertible plateado, y ella se lanzó delante a una velocidad que rayaba con lo prohibitivo.

Glenn no le hizo ascos a la velocidad, limitándose a guardar con

el auto de ella, de color azul pálido, la distancia conveniente para evitar una colisión caso de frenazo brusco. No sucedió nada y llegaron normalmente a la Lexington Avenue, entre las calles cuarenta y cuarenta y una.

Glenn, por el espejo retrovisor, se había asegurado de que ninguno de los periodistas ni fotógrafos se habían atrevido a seguirles.

Se apresuró a saltar el joven de su automóvil mientras Alice se volvía a mirarle, sonriendo con inefable y turbadora expresión.

Le gustaba la energía, la vitalidad del joven que se había puesto a su lado con decisión en un momento que no consideraba difícil, pero sí desagradable.

El tendió una mano para ayudarla a bajar y ella lo agradeció.

—Ya recuerdo de qué le conozco. Usted llegó a boxear como profesional. Y era de los buenos.

—Necesitaba ganar dinero. Yo cobré cantidades respetables incluso cuando era *amateur*; deberá guardarme el secreto —añadió sonriendo.

—¿Por qué?

—A los *amateurs* nos está prohibido cobrar...

—Pero usted ahora ya no es *amateur*...

—Tal vez algún día necesite recalificarme como tal...

—¿Por qué cobraba?

—Necesitaba ganar dinero para comer, vestir y pagarme los estudios.

—¿Y su familia...? —preguntó la chica.

—Podría hacer un chiste malo, diciendo: «Bien, gracias».

Había hablado con frívola expresión para decir luego con más seriedad:

—Hace tiempo que perdí al último, a mi padre. Mi madre murió al nacer yo. Y me he criado en la calle, en Bronx, por más señas.

—Ha sido una vida dura... —dijo ella adivinando lo que podía haber sucedido.

—He llegado a robar para comer y para fumar. He ido vestido de andrajos o poco menos... He estado en un correccional para menores; y algunos de los más famosos hampones del momento han sido mis compañeros de juegos y aventuras en la infancia.

—Un poco doloroso, ¿no? —preguntó la rubia un poco olvidada

de su propio problema.

—Sinceramente, sí. Bastante doloroso, aunque luego tenga uno la íntima satisfacción de haberse levantado por sus propias fuerzas.

—Comprendo. Habrá echado de menos a su madre y también el haber tenido una verdadera infancia...

—He echado de menos particularmente a mi madre. Si hubiese tenido una verdadera infancia habría sido más feliz; aunque tal vez ahora añoraría alguna de las aventuras de mi manera de vivir cuando era niño.

Tras corta pausa dijo Glenn:

—¿Qué le parece si hablamos de usted...? ¿Y de su tío? Quiero verlo a él...

—¿Como abogado? Porque si ha sido alumno de mi tío, supongo que será abogado.

—Sí, soy abogado e intento abrimme camino. Cuando no consigo abrir brecha con mi conocimiento de las leyes, suelto un par de zarpazos —bromeó Harwey.

Tras una pausa dijo:

—Pero quiero ver a su tío como amigo y alumno que fui... Sin olvidar que soy abogado y que tengo unos sólidos puños.

—¿Solamente ha practicado ese deporte?

—¡Oh, no! Pero con ése es con el que he ganado más dinero. He practicado también la natación, el motorismo y el tiro de pistola.

—¿Ha tenido tiempo para todo eso y para estudiar?

—Sí. No he necesitado dormir demasiado. Hora y media diaria que se gane al sueño, bien aprovechada, da para mucho en el curso de los años.

—Es usted un filósofo...

—Yo diría más bien un economista. Al menos en lo que al tiempo se refiere —bromeó el joven.

—Sin embargo, ahora lo está perdiendo...

—En absoluto. Estoy pasando uno de los mejores momentos de mi vida. Y estoy aprendiendo bastante.

—Gracias por la parte que me toca de su buen momento y de lo que está aprendiendo.

¿Vamos?

Tendió la mano con encantadora gracia a Glenn y tiró de él.

—¿Vive con su tío? —preguntó Glenn a la rubia Alice.

—Sí. Hace años. Mis padres se divorciaron y se volvieron a casar cada uno por su lado.

Mi padre murió y mi madre reside habitualmente en Europa.

Había abierto con llave. Y llamó:

—¡Tío! Te traigo una visita.

Respondieron desde la biblioteca, diciendo:

—No tengo ganas de ver a nadie... Rectificó inmediatamente para decir:

—Pero si tú lo traes, sea bienvenido. Entró Glenn en la biblioteca con Alice.

—Gracias, profesor Custer. Y buenos días —saludó el joven.

Ralph Custer, que se hallaba sentado en un cómodo sillón, en un rincón mal iluminado de la biblioteca y gabinete de trabajo, se puso en pie al reconocer a su visitante.

—Buenos días, Glenn. ¿Cómo tú por aquí? Ignoraba que os conocieseis.

—No nos conocíamos, tío —se apresuró a decir la rubia.

—No considero malo que os hubieseis conocido. Glenn es un hombre de verdad...

—Hemos hablado rápidamente de su pasado...

—No es eso lo que importa, profesor. He venido a hablar con ustedes dos. Acusado primero y acusado segundo...

El rostro del profesor Custer reflejó amargura y preocupación a la vez. Y respondió:

—Gracias, Harwey; pero lo que necesitamos no es un abogado, sino un investigador.

—No he venido como abogado. Usted es mucho mejor abogado que yo, con más experiencia... Y tiene buenos ayudantes...

—No he querido decir...

—Profesor. Como abogado soy una incógnita aún y no lo ignoro, aunque tengo gran confianza en mí.

—Debe tenerla. Usted vale mucho.

—Gracias. Pero he venido a trabajar como investigador. Fíjese bien, profesor, no he venido a ofrecerme, sino a trabajar. Espero que me ayude en favor suyo, de su sobrina...

—¿De investigador? —preguntó un poco asombrado el tío de Alice.

—Justamente, profesor. Me preparé para ingresar en el FBI e

incluso hice los cursillos en su academia especial. Pero una vez dentro decidí que ciertos aspectos del trabajo a desarrollar no me gustaban, y renuncié...

—Lo ignoraba...

—Lo suponía. En los últimos tiempos no nos hemos visto. Usted preocupado con la política. Yo con mis oposiciones y mis estudios, sin dejar de trabajar para vivir...

Míster Custer dio la impresión de que vacilaba. Harwey sonrió mostrándose comprensivo y dijo:

—Supongamos que usted se ha comprometido ya con un investigador.

—Me he comprometido... Es un buen amigo. Y muy capaz. No me podía arriesgar a otra cosa.

—Le comprendo perfectamente. Mi actuación será bajo mi completa responsabilidad, ya que ni siquiera tengo aún autorización para actuar como investigador privado...

—En tal caso...

—Usted no sabe nada. Sin embargo, puede darme los datos que yo necesito para iniciar mi trabajo.

—Se lo agradezco, Harwey. Pero si se enterase el señor Lloyd Wilson, se molestaría. Y tengo ya demasiados enemigos para convertir un amigo en otro enemigo.

—Su postura es justa, profesor Custer. Pero yo puedo investigar por encargo de su sobrina.

—Mi sobrina y yo estamos implicados en el mismo caso. Quien investiga para mí lo hace para ella...

—De acuerdo, tío —intervino la atractiva rubia—. Sin embargo, yo tengo una vida independiente...

—Cierto —admitió el tío.

—Un investigador puede intentar demostrar tu inocencia a costa de que yo aparezca culpable. Sé que el señor Wilson no lo hará. Pero tú tienes una justificación ante él.

—Es una razón. Debo admitir que incluso puede hacerlo con tal de salvar mi carrera política —declaró valientemente míster Custer.

Glenn recalcó a su vez:

—Su esposa ha sido envenenada. El sospechoso número uno es usted. Descartado usted, pasa a primer plano como la más probable envenenadora la señorita Vernon.

—Al menos es así como lo ha enfocado la investigación oficial —hubo de admitir míster Custer.

—Lo cual significa que el señor Wilson no se puede dar por ofendido si yo investigo por cuenta de la señorita Vernon.

—Así es. Me ha convencido. Y me alegro de que intervenga usted también.

—¿Cuáles son los motivos que señalan para acusarle en principio del envenenamiento de su esposa, profesor? —inquirió Glenn.

—Tal vez usted ignore que ella hacía una vida desordenada, que ha llegado a dar algún escándalo, aunque he cuidado mucho de taparlos...

—Lo ignoraba, ciertamente.

—Su comportamiento era impropio de una mujer decente, no era el que correspondía a una dama. Y eso perjudicaba grandemente mi carrera política, y más en unos momentos en que me presento para fiscal.

—Eso es absurdo, existiendo el divorcio.

—Se alega que el divorcio me perjudicaría, ya que me restaría muchos votos. No es fácil que un divorciado resulte elegido para un cargo de esa clase —señaló el tío de Alice.

—¡Eso es absurdo! Más, bastante más funesto, resultaría para su carrera un asesinato.

—Ellos alegan que yo contaba con la impunidad.

—No es necesario que me juren que ninguno de ustedes dos fue el envenenador de su esposa.

—Puedo asegurarle que no fuimos —aseveró la chica.

—Comencemos a trabajar con orden... Alice se apresuró a intervenir para decir:

—Debo comenzar por decirle que Cynthia llegó a casa, casi al mismo tiempo que yo, en un estado lamentable. Se lo afeé, nos enzarzamos y llegué a abofetearla. Y fui oída por un transeúnte cuando grité que no sabía cómo me contenía y no la mataba.

—¿Y usted? —preguntó Glenn a míster Custer.

—Estaba estudiando, en esta misma pieza. No quise intervenir, porque creo que la hubiese matado de un golpe —confesó el tío de Alice.

No parecía exagerar.

Glenn lo miró una vez más. Se conservaba en magnífica forma

física, era recio, ágil y fuerte. Y habría podido matar a una persona de un golpe, con más motivo a una mujer que estaba hecha una piltrafa 3causa de su irregular vida.

—Murió intoxicada. ¿Con qué? —preguntó Glenn.

—Una fuerte dosis de un barbitúrico... Se la pude administrar yo, se la pudo haber administrado Alice, o su propia doncella a no haber ésta tenido su día libre...

—¿No estaba en casa? —preguntó Glenn.

—No. Regresó una hora más tarde. Podía haber pasado la noche fuera, pero quiso estar para atender a Cynthia se la necesitaba por la noche. No habría sido la primera vez que sucedía —señaló Curtis.

—Regresó una hora más tarde. Pero podía haber estado aquí sin que ustedes lo supieran. Supongo que tendría llave.

—Sí, tenía llave —dijo el señor Curtis.

CAPÍTULO II

Glenn dijo en respuesta.

—Ya tengo un sospechoso más. Puede ser una solución y también puede complicar más las cosas.

—Ella quería de verdad a Cynthia. No la creo capaz de atentar contra su vida —señaló Alice.

Míster Custer aprobó con el gesto las palabras de su sobrina.

—Usted la ha querido también, ¿no, profesor? —preguntó Glenn.

—La había querido mucho. Y no había dejado de quererla.

—Sin embargo, en algunos momentos la habría matado...

—Sí.

—Precisamente porque la quería y le desesperaba verla enlodada, sin que fuese capaz de reaccionar... —señaló el joven Harwey.

—Exactamente —admitió míster Custer, un poco asombrado por el enfoque que Glenn estaba dando a la cuestión.

Sin embargo se apresuró a decir:

—Sandra no es capaz de una cosa así. La quería demasiado y la compadecía más aún. A mí casi me aborrece, considerándome en parte culpable de las veleidades de Cynthia.

—¿Se llama Sandra? —preguntó Glenn.

—Sí. Sandra Patton.

—Me gustará charlar con ella, pero no en este momento. ¿Es factible?

—Sí. Aunque ahora no está en casa. Ha salido. Alice informó a su vez:

—Ella no parece dispuesta a quedarse a nuestro servicio, aunque yo le dije que la conservaría a gusto a mi lado.

—¿Tenía enemigos su esposa? —preguntó Harwey al señor Custer.

—Es difícil que le pueda responder a esa pregunta con exacto conocimiento. Ella hacía una vida cada vez más apartada de la mía. Sus amistades eran otras, que no correspondían a nuestro círculo...

Comprendía Glenn que resultaba penoso para míster Custer responder a sus preguntas.

Y le dijo:

—Es necesario que le pregunte. ¿Sabe si alguien le hacía extorsión?

—No sé nada.

—¿Tal vez le han robado?

—No lo puedo decir. Tengo idea de que faltan algunas de sus joyas. Pero no me extraña que las hubiese vendido lo mismo, que ha dilapidado su fortuna personal.

—¿Así pues, estaba arruinada?

—Es la idea que tengo. Aunque ella no me dijo nada.

—¿Le pidió dinero alguna vez?

—No. A pesar de su fortuna y aparte el gasto de la casa, yo le tenía asignada una cantidad que en principio no tocaba y quedaba en un Banco a su nombre. Luego me enteré de que había «volado» también...

Empleó míster Custer la expresión popular.

—¿Qué piensa Wilson? —preguntó el joven.

—Precisamente en el robo... Piensa que le han robado y que para que ella no lo descubra, la han matado...

—Eso significarla que el asesino es una persona conocida, que puede entrar en casa. O que tiene un cómplice en ella...

—Eso mismo ha vicho Wilson —señaló Ralph Custer. Tras reflexionar, dijo el joven abogado:

—Poco probable, aunque posible.

—Sin embargo, el amigo Wilson ha comenzado a investigar en ese sentido, tratando de saber quiénes rodeaban últimamente a mi mujer, tanto mujeres como hombres.

—Gracias por esos informes. Y ahora pasemos a los hechos. Su esposa entró en casa después que su sobrina.

—Sí, poco después.

—¿Les abrió algún sirviente?

—No. Estaban acostados todos; Alice tiene llave, Cynthia también llevaba llave...

—Nos encontramos en el *hall*, pues yo me disponía a subir a mi alcoba, pero retrocedí al darme cuenta de que venía en un estado que no la favorecía nada. Fue cuando discutimos y le pegué... —dijo Alice.

—¿Qué sucedió luego?

—Quedó sollozando mansamente... Ella era así. Yo estaba tan irritada que me fui a mi alcoba... Ya no la volví a ver hasta que llamó Sandra.

—¿Fue ella quien la descubrió muerta?

—Sí... Vino el médico inmediatamente y estableció la hora de la muerte como sucedida una hora antes de su llegada —informó míster Custer.

—Es decir —quiso aclarar Glenn—, unos veinte minutos después de la llegada de la víctima.

—Justamente. Si se tiene en cuenta que desde que Sandra la descubrió muerta al venir, hasta que llegó el médico, habían transcurrido unos veinte minutos —precisó Alice.

—Prosigamos... —dijo Glenn mirando al dueño de la casa, para que explicase sus movimientos.

Éste dijo:

—Cuando había pasado ya el momento de violencia, como ella proseguía sollozando, salí y la ayudé a ir a su alcoba... Pidió de beber quería «*gin*», pero yo, en su lugar, le di un vaso de zumo de naranjas...

—¿Se lo preparó usted mismo? —preguntó Glenn.

—No. Lo tenía preparado. Me lo deja preparado Stone antes de acostarse. Una hora antes de acostarme tomo todas las noches un vaso de zumo de naranja o de tomate. Normalmente de naranja —aclaró míster Custer.

—Continúe, por favor.

—De su alcoba regresé a la biblioteca y le llevé mi vaso. Tomó un sorbo, pero al notar que era naranja, lo rechazó. No obstante, se lo dejé sobre la mesilla de noche. Y le dije que no había bebida alcohólica. Parece que se lo dije con dureza, porque me dio la impresión de que me miraba asustada...

—¿Salió usted entonces?

—Sí. Y ya no volví a entrar hasta que llamó Sandra. Cynthia estaba muerta...

—Se había tomado la naranja...

—Sí...

—Se analizó lo que había quedado en el vaso...

—Sí. Y dio concentración de tóxico más que suficiente, no ya para matar a una persona físicamente destrozada como Cynthia, sino incluso a un hombre como yo, de bastante más peso, fuerte y entero.

—¿Usted no tomó anoche su zumo de naranja?

—No. No tomó nada ya. No me gusta preparar nada, bien sea de beber o de comer...

—Así pues, Stone le preparó la bebida y se la dejó al alcance de su mano.

—Así es.

—¿Cuándo?

—Tal vez una hora antes de regresar Cynthia.

—¿Se separó usted del lugar durante todo ese tiempo?

—No. Únicamente cuando salí y llevé a Cynthia a la alcoba para regresar luego por el zumo... que entrase nadie hasta que lo tomó...

—El zumo quedó con su esposa. Y no es probable.

—No entró nadie...

—¿Por qué está seguro de tal cosa?

—El vaso no ofrecía más huellas digitales que las de Cynthia y las mías. Y los labios de ella también habían dejado huella.

—¿Qué pasó con las huellas de Stone? —preguntó Harwey.

—Es muy pulcro trabajando. Antes de verter el zumo en el vaso lo limpiaría bien. Y luego sirvió con guantes. Lo hace siempre.

—¿Ese tipo de barbitúrico se presenta a la venta en líquido o como sólido?

—Como sólido. Y se disuelve con bastante facilidad, sin dejar huellas visibles.

—¿Su sabor queda bien disimulado con la naranja?

—Sí. La ligera acidez del barbitúrico es prácticamente inapreciable al quedar mezclada con la naranja, a la que a su vez se azucara.

Tras meditar casi dos minutos en silencio, dijo Glenn:

—Usted tiene muchos enemigos, profesor.

—Muchos, sí. No lo ignoro.

—Usted, como yo, salió de los bajos estratos de nuestra sociedad.

—Exactamente. Por eso he sabido apreciar mejor que nadie su valor, su tenacidad... Sé bien lo que cuesta levantarse, Harwey.

—De no mediar un gran escándalo, o su muerte, se podría decir que usted tiene seguro el puesto de fiscal.

—Sí. No es presumible una derrota.

—Y hay gente que teme su inminente llegada a ese puesto. Se sabe que usted es íntegro, insobornable.

—He dado pruebas de ello. Por eso la gran masa de electores me tiene señalado como su candidato favorito.

—A usted se le teme incluso dentro de su propio partido, precisamente porque hay quien no juega limpio; y se sabe que usted es insobornable.

—Es cierto... ¿A qué viene todo eso, ni qué tiene que ver con el asesinato de Cynthia?

—Se lo voy a decir. No es probable que Stone echase el tóxico en la naranja.

—No lo ha echado, estoy seguro. Lo conozco bien.

—Es difícil que lo echase alguien durante el tiempo en que usted acompañó a su esposa a la alcoba y regresó luego por el zumo...

—Difícil, porque la servidumbre estaba durmiendo...

—Teóricamente —aclaró Harwey.

—Justo, teóricamente. En la casa sólo estábamos Alice y yo en condiciones de echar el tóxico. Pero no lo echamos...

—De acuerdo. Además, echar el tóxico, revolver para que se disolviese rápidamente, exigía un tiempo y unos nervios de acero. ¿Había cuchara con el vaso?

—No.

—Más a mi favor...

—¿Qué quiere decir? —preguntó intrigado el dueño de la casa.

—Haga el favor de responder aún a otra pregunta.

—Diga.

—Cada noche, cuando toma su zumo, ¿no hace cualquier cosa antes? ¿Algo que le aleje, aunque sea momentáneamente, de la biblioteca?

Míster Custer miró a su antiguo discípulo con expresión que

reflejaba admiración y asombro.

—Sí —respondió—. Las manos se ensucian de tocar papeles, de escribir... A. veces me las paso por la frente... Ya ve que la tengo grasa. Y me lavo porque me molesta tocar nada con ellas... Por ejemplo, el vaso del zumo.

—Esa costumbre la conocerán sus servidores...

—Sí, a fuerza de tiempo todo se sabe. Y como no es cosa como para intentar ocultarla...

En aquella ocasión el dueño de la casa dio la impresión de sentirse desconcertado, esperando las deducciones que Harwey podía sacar de un hecho trivial como aquél.

—Lo cual quiere decir que podía haber preparado otro vaso con zumo, exactamente igual que el que usted se toma. Ese vaso tenía el tóxico y no tuvieron más que dar el cambiazoo...

—Cabe en lo posible... Pero ¿quién? —preguntó míster Custer.

—Ya lo averiguaremos. Si se ha dado el caso tal como presumo, Stone quedaría fuera de toda duda por el momento. Y significaría que no han intentado envenenar a su esposa, sino que fue a usted a quien pretendieron matar.

Se mantuvieron en silencio, en actitudes reflexivas, los tres reunidos.

—Su esposa ha muerto por equivocación. El envenenador o envenenadora no podía imaginar que usted le llevaría lo que habían preparado para usted... —concluyó Harwey.

Alice, que había escuchado atentamente, exclamó:

—¡Creo que es lo único sensato que he escuchado desde que va todo este desgraciado asunto!

—Supongamos que una persona haya hecho el cambio. Tiene que ser de la servidumbre... —dijo Custer.

—Stone está descartado si mi teoría es válida. De ser usted la víctima se habría pensado en él primero que en nadie —señaló Harwey.

—Descartado —respondió míster Custer.

—Puede haber sido Sandra. Ella odia a mi tío —señaló a su vez Alice.

—Pero quiere mucho a su tía. Habría hecho algo por evitar el envenenamiento...

—Habría sido declararse culpable.

—No era necesario. Le habría bastado con dejarse ver y tropezar con su tío, derramando así el contenido del vaso. O hubiese pasado a la alcoba de la señora Custer para evitar que lo tomase —arguyó Glenn.

—Es cierto... ¿Entonces?

—La madeja está embrollada. Intentaremos desembrollarla. Por el momento no tenemos más que una teoría, una simple teoría prendida por alfileres. Se necesita la demostración... —Fue la respuesta de Glenn.

—Usted la encontrará —dijo míster Custer esperanzado. Oyeron el ruido de alguien que entraba en la casa.

Alice asomó un momento a la puerta de la biblioteca y anunció:

—Es Sandra. A esta mujer la ha afectado mucho la muerte de Cynthia. Está como trastornada...

—Eso podría confirmar mi teoría de que la señora Custer ha sido envenenada por error —dijo Glenn.

—Pero usted ha dicho que Sandra no lo hizo... —Opuso Custer. En lugar de responder al dueño de la casa, se dirigió a Alice:

—¿Quiere hacer el favor de decir a Sandra que entre? Me gustaría conocerla. Y hacerle unas preguntas relativas al caso es un buen pretexto. Presénteme como su abogado...

CAPÍTULO III

Glenn recibió la sensación de que Sandra Patton, la que había sido doncella de la señora Custer, estaba realmente trastornada.

Sandra, una pelirroja de cutis pecoso, formas atractivas, vestida con sencillez y buen gusto, tenía treinta años, aunque en aquel momento parecía tener más.

Al entrar miró con expresión que reflejaba odio al señor Custer. No quiso mirar a Alice, y luego reflejó un oscuro temor cuando su mirada se cruzó con la del joven abogado.

Alice hizo la presentación:

—Mi abogado, el señor Glenn Harwey. Sandra Patton era la doncella de Cynthia...

—¿Quiere hacer el favor de sentarse, señorita Patton? ¿O es usted casada? —preguntó Glenn.

—Soltera. No hay hombre que merezca que una se esclavice a su lado.

—Estoy de acuerdo con usted y por eso permanezco soltero, señorita Patton. No quiero esclavizar a nadie... —replicó el joven suavemente, mostrando cierto sentido del humor.

Sandra se mordió el labio inferior, dando la sensación de sentirse contrariada. Luego preguntó:

—¿En qué puedo servirle?

—Debo hacerle unas preguntas de puro trámite. Usted fue la persona que descubrió muerta a la señora Custer.

—Sí, señor.

—Ayer había sido su día libre y tenía permiso para venir a las ocho de la mañana de hoy.

—Sí, señor.

—Sin embargo, vino aproximadamente a la una y treinta

minutos...

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Prefería estar cerca de la señora. Ella me necesitaba frecuentemente y yo, una vez pasado el día con mi familia, no tenía ningún interés en estar fuera de casa. Consideraba que ésta era mi casa...

Sandra acentuó significativamente el verbo que se refería a tiempo pasado. Glenn hizo caso omiso de tal precisión y dijo:

—¿En dónde estuvo usted desde las once de la noche hasta la una y media en que vino a casa?

—En el teatro. Precisamente viendo actuar a la señorita Vernon. Después fui a un restaurante en donde permanecí aproximadamente una hora. Y finalmente regresé...

—¿Estuvo sola?

—No, señor. Me acompañó el sargento Pat O'Neil, el cual me recogió de casa de mi hermana antes de cenar y ya no se separó de mí hasta que me dejó aquí a la una y media aproximadamente.

Luego preguntó con expresión desafiadora:

—¿Sirve el testigo?

—Sirve. Gracias, señorita Patton. No tengo más que preguntarle. La pelirroja se puso en pie.

Le pareció a Glenn que le miraba sonriente, que ella estaba desconcertada, como si no comprendiese el interrogatorio.

Tenía que decir algo Sandra y se dirigió a Glenn:

—No se canse, señor abogado. La señorita Vernon no le necesita. Aquí hay un asesino y no es ella, puede estar seguro.

—Estoy seguro de ello. Pero si llega el caso tendré que demostrarlo. Y me preparo... Miró la pelirroja con expresión de malignidad a Ralph Custer y dijo seguidamente a Glenn:

—No tendrá que demostrarlo.

—Eso espero. Como espero desenmascarar al asesino si antes no lo hace la policía o el fiscal.

—La cosa está clara. No tendrá que ir muy lejos para encontrar al envenenador.

—¿Quién sabe? Celebro haberla conocido, señorita Patton.

Era significarle que no estaba dispuesto a continuar por el camino que ella llevaba. Respingó la pelirroja, que dijo:

—También yo celebro haberle conocido. Es lo que se dice, ¿no?

—Eso va a gustos. Yo no lo digo si no lo siento.

—Usted es de los míos, señor abogado. Seguidamente Sandra se dirigió a Alice:

—Gracias por su ofrecimiento, señorita Vernon, pero he decidido no aceptarlo. Me quedaré en casa de mi hermana hasta que encuentre una buena colocación. No será difícil.

Miró a Custer con expresión acusadora y dijo:

—No podría convivir con cierta persona.

Ralph Custer no se dejó impresionar por la actitud de la que había sido doncella de su esposa y le respondió:

—Tampoco yo podría convivir con usted, Sandra. Temería por mi vida... Y ahora puede retirarse. Mi sobrina o Stone le pagarán lo que se le deba y añadirán una gratificación por los cuidados que usted ha tenido con mi esposa...

Al terminar, el dueño de la casa señaló un ademán como insistiendo para que Sandra no se quedase un instante más en la biblioteca.

La pelirroja saludó y salió.

De nuevo los tres solos, preguntó Custer a Harwey:

—¿Piensa ver al sargento

O'Neil?

Podría no existir más que en la imaginación de Sandra.

—Por el momento no pienso verle. Creo que existe.

Si como pienso ella es culpable, se habrá cuidado de tener una buena coartada...

—¿Por dónde va a comenzar?

—Por hacer una experiencia. ¿Quiere decir algo, situándose en el *hall*, aproximadamente en el mismo lugar en que estaba anoche cuando discutió con la señora Custer? —pidió Glenn a Alice.

—Con mucho gusto...

—Hágalo en un tono de voz semejante al que empleó en la discusión.

—¿Qué puedo decir para que no me tomen por una loca los servidores?

—Puede declamar cualquier trozo de una obra; pero algo en lo

que haya una violencia semejante a la que pudo emplear anoche.
¿Dispone de algo bueno?

—Sí...

—Gracias...

—Comience cuando yo haya salido...

—Sí...

Salíó Glenn a la calle y pasó varias veces frente a la puerta de la casa, haciéndolo cada vez más cerca, sin lograr oír nada a pesar de que el ruido de la calle no podía ser mucho mayor que el de la noche.

Al fin pudo escuchar a Alice cuando se detuvo en la puerta y acercó el oído a la misma, prestando atención.

Llamó entonces y le abrió la linda rubia, la cual preguntó:

—¿Qué tal?

—He tenido que acercarme mucho para poder oírla...

—Sin embargo, he chillado algo más que anoche...

—De noche se perciben mejor los ruidos en el silencio de la ciudad. A pesar de todo...

—¿Qué?

—Veré a ese testigo que escuchó su amenaza dirigida a la señora Custer.

—La dije... —respondió la rubia.

—No lo dudo. Ni dudo tampoco que él lo escuchara. Lo que no creo es que él pasara por casualidad por aquí...

—¿Cree que él puede estar interesado en el envenenamiento? —preguntó el dueño de la casa.

—Por ahora apenas tengo puntos de apoyo para demostrar la validez de mi teoría. Los que tengo no son firmes, ése es uno de ellos y voy a probar si tiene solidez o no.

El joven se despidió, no sin añadir dirigiéndose a la atractiva rubia:

—Estaré en contacto con usted. Tal vez me interese repetir esta misma prueba, pero de noche...

—Hoy no actuaré. Me encontrará en casa a la hora que sea...

* * *

Glenn, tras informarse en la oficina del fiscal, fue a encontrar a

Peter Flynn, el hombre que había escuchado la amenaza dicha por Alice a Cynthia Custer.

Trabajaba en uno de los muelles próximos al «Fulton Fish Market», como capataz. Al menos, figuraba como tal.

Cuando Glenn llegó, el hombre no estaba en su puesto; pero uno de los cargadores señaló un bar no lejano.

—Lo encontrará allí.

—Gracias...

—Conste que yo no sé nada de nada.

—De acuerdo, amigo.

Glenn Harwey, aunque no había celebrado muchas peleas como profesional, había despertado interés entre los aficionados y era lo bastante conocido como para que su presencia llamase la atención tan pronto asomó al bar.

Tras el mostrador se hallaba una cuarentona de buen ver, con el pelo decolorado en un tono platino que casi hacía llorar.

Glenn, sin embargo, tuvo fuerzas para sonreír.

—Hola, guapa. Café. Seguro que es bueno...

—¿Por qué eso, campeón?

—Salta a la vista que aquí tiene que ser todo bueno...

Al hablar, miró con descaro y cómica admiración hacia el escote de la rubia platino, más descarado aún que la mirada de Glenn.

—Gracias, muchacho. Esas palabras se agradecen siempre, aunque una sepa de qué va... ¿No peleas ya?

—No.

—Es una lástima... Pero por otra parte haces bien. Todos o casi todos terminan mal... Había poca gente en el bar.

En el grupo más numeroso había un hombre que la rubia señaló discretamente a Glenn.

—Tienes que recordarlo, ¿no?

—Sí. Bob «Relámpago»...

—El mismo. Lo dejaste fuera de combate en tu tercera pelea como profesional...

—Así fue... No creí que nadie me recordase...

—Te recordamos, sobre todo, algunas mujeres. Tú eras diferente... Hablaba en serio, conmovida, casi maternalmente.

—Gracias.

—Ahora es una sombra —dijo ella mientras preparaba el café.

—¿Qué hace?

—Una prefiere no saberlo... Tal vez lo manejen...

—Comprendo.

—¿Y tú?

—Intento abrirme camino. Soy abogado...

—¿Has entrado en la «poli»?

—No me va...

—¿Entonces?

—Salen asuntos. Lo que más me gusta es actuar como defensor.

Es un bonito papel, ¿no crees?

—Es un papel simpático. Serás capaz de convencer a los jurados...

—Sin embargo, la lucha es dura para un desconocido... Lo que le toca a uno suele ser lo peor...

—Lo comprendo. Tal vez no te paguen mucho, pero estoy segura de que dormirás satisfecho...

—A veces...

Paladeó el café. Era bueno de verdad y lo alabó. La rubia platino sonrió y dijo:

—Algo bueno tenía que haber...

Glenn giró al darse cuenta de que alguien le miraba fijamente. Era Bob «Relámpago». Se dirigió a él.

—¡Eh, Bob! Nos conocemos, ¿no?

Brilló una luz de alegría en la mirada mortecina del ex pugilista, que se apresuró a responder:

—¡Diablos! Si es Glenn Harwey.

—El mismo —respondió el abogado saliendo al encuentro de Bob, quien fue también en su busca.

Se estrecharon las manos primero y se abrazaron después.

—Oí decir que colgaste los guantes...

—Sí, los colgué...

—Yo me estoy preparando, y demostraré de nuevo que soy un relámpago pegando...

Los arrollaré, Glenn.

—Espero que tengas suerte...

—Los arrollaré, ya verás. Me preparo en secreto para sorprenderlos, porque ellos creen que estoy acabado.

Para decir lo último se alzó ligeramente sobre las puntas de los

pies, hablando a uno de los oídos de Glenn.

Bob era algo más bajo que el abogado y bastante más ancho y musculoso.

—Vamos a tomar algo juntos. Hacía tiempo que no nos veíamos...

—Tú te escondías en tus libroles y yo voy a lo mío... El caso es que podías ser un gran campeón. Eras el mejor de todos los que pelearon conmigo.

—La profesión es dura y no sirvo para ella —aseguró Glenn—. Tú, en cambio, eres una roca... ¿Qué quieres tomar?

—Es que estoy con los amigos...

—Si tus amigos quieren tomar algo con nosotros, me sentiré encantado invitándolos. Se sintió observado por los del grupo.

Se acercaron al mostrador en donde esperaba órdenes la rubia platino. Uno a uno se habían ido incorporando todos, saludando a Glenn, el cual era presentado por Bob «Relámpago», que no se cansaba de repetir:

—Era el mejor de todos. Un gran campeón si hubiese querido.

El único que no acudió fue precisamente Peter Flynn. Glenn lo había reconocido por la descripción que le habían hecho.

Y se dirigió a él:

—¿Es que no quiere nada con nosotros?

—¡Acércate, Peter! —llamó otro.

Adelantóse lentamente el requerido, que fue presentado también por Bob, quien a su vez hizo la presentación de Glenn.

Bebieron todos, intercambiando bromas, la mayor parte de las cuales se referían a Bob «Relámpago».

El mismo hombre que había indicado a Glenn el lugar en donde podía encontrar a Flynn, asomó a la puerta del bar para llamar:

—¡Eh, muchachos! Los camiones han llegado.

Se despidieron todos de Glenn con cierto apresuramiento, menos Flynn, que se quedó en el bar y se dirigió a Harwey:

—Ahora me va a permitir que le invite yo.

—¿Por qué no? Con mucho gusto...

—¡Nos veremos. Glenn! —se despidió Bob.

Dio la sensación de que se sentía contrariado por tener que abandonar al amigo, o por incorporarse al trabajo.

—Seguro que nos veremos. Ahora sé en dónde te puedo

encontrar y vendré alguna vez.

—¡Tienes que venir a ver cómo me preparo!

—Nos pondremos de acuerdo...

—Y tienes que explicarme cómo diablos dabas aquel doble *crochet* a la barbilla...

Para pedirle tal cosa había vuelto a acercarse, para salir corriendo tan pronto Glenn prometió:

—Te lo explicaré bien... Una vez solos, dijo Flynn:

—Está «sonado». Y cada vez estará peor.

—Lo sé. Y por lo mismo le he seguido la corriente.

—¿Dicen que fue usted quien lo sonó?

—A todos los que nos enfrentamos con él en sus últimas quince o veinte peleas nos corresponde algo.

—Usted era un pecador. Le corresponderá más que a otros; usted lo puso fuera de combate tras derribarle dos veces...

—¿Qué más da yo que otro? Podría hablarle bastante de esas cosas, pero nosotros no las vamos a poder arreglar...

—Tiene usted razón, Harwey...

—Me había acercado por aquí a verle. A no ser por este encuentro, habría ido al muelle después de tomar mi café.

La amigable expresión de Flynn se tornó en otra de recelo.

—¿Me busca?

—Sí. Nada de importancia. Soy el abogado de Alice Vernon. Se endureció el gesto de Flynn, el cual preguntó:

—¿Quién le ha dicho...?

—Estuve en la oficina del fiscal. Me dijeron que trabajaba ahí... Señaló para el muelle.

—Quisiera que me dejasen en paz. Será la última vez que me meta a ayudar a los de la «poli».

—Usted cumplió con su deber de ciudadano, Flynn.

—¿Y qué? No estoy muy seguro. Parece que la chica amenazó, pero que no fue ella quien envenenó.

—No fue ella quien envenenó, estoy convencido. Pero si la acusan, hay que demostrarlo.

—¿Qué puedo hacer en su favor?

—Simplemente, decir la verdad...

—Ya la he dicho.

—Pues, adelante. Mantenerse.

Flynn parecía desconcertado por las palabras y la actitud del abogado.

—¿No se está burlando de mí, abogado?

—No.

Entró en el bar una joven alta, morena, delgada, cimbreante. Tenía los ojos sorprendentemente grandes, los cuales destacaban en su rostro bien maquillado.

Flynn señaló un gesto de contrariedad cuando la vio.

CAPÍTULO IV

La sorprendente morena dio la impresión de que no se daba cuenta del gesto de Flynn.

Había mirado a éste, pero su mirada se había fijado inmediatamente en Glenn, una mirada en la que brillaba la llama del deseo inextinguible.

Su cuerpo onduló más aún, de forma provocativa. Antes de que la morena se dirigiese a él, habló Flynn para decir:

—Piérdete de vista, «morucha». Y ya nos veremos cuando engordes veinte libras.

Dio la impresión la recién llegada de que iba a responder con un exabrupto. Sin embargo, comprendió inmediatamente que su visita podía no resultar oportuna y señaló un gesto desdeñoso.

—Ahorra palabras. He venido a tomar algo antes de ir a trabajar. Tengo el tiempo preciso...

La recién llegada se dirigió a la rubia platino:

—Sirve lo mío, Alma. Hoy tengo menos tiempo del preciso.

La dueña del bar comenzó a servir un copioso desayuno, si de desayuno se trataba, y al cual se le podía considerar más bien escaso si se trataba del almuerzo, entré cuyas dos horas quedaba.

Tras el cambio de palabras con la morena, pidió Flynn a Harwey:

—Si no se burla de mí, adelante, abogado.

Habló Flynn de forma que la morena le pudiese oír, recalcando particularmente la última palabra.

—De acuerdo... ¿Así pues, usted oyó bien que la señorita Vernon amenazaba de muerte a la señora Custer?

Fingía Glenn no ocuparse de la morena; sin embargo le prestaba más atención a ella que al propio Flynn.

—Lo oí bien, ya lo dije.

—¿Cómo sabe que se trataba de la señorita Vernon?

—No dije tal cosa. Dije que oí una voz de mujer que amenazaba a otra.

—¿No pudo ser la señora Custer quien amenazase a la señorita Vernon? —preguntó Harwey.

—¡Diablos! La muerta es la señora Custer.

—Pero cuando riñeron estaba viva, podía amenazar perfectamente. Y usted aseguró que quien amenazó fue la señorita Vernon.

—Conozco bien su voz. La he oído en el teatro muchas veces.

—Entendido. ¿Estaba usted cerca de la puerta o pasaba por casualidad por allí, según ha declarado?

—Pasaba por allí, me llamó la atención la riña y me detuve un momento. Y esta mañana me enteré de que la señora Custer había muerto por haber ingerido una «dosis excesiva de un barbitúrico» —subrayó Flynn.

—¿Se acercó mucho a la puerta cuando oyó que reñían? —preguntó Harwey.

—Me acerqué, pero no demasiado, no vaya a creer. No me gusta meter la nariz en donde no me importa; pero es que esa gente de «clase» es tan indiscreta... Se creen que están por encima de todo, y no es así...

—Estamos de acuerdo, Flynn.

Mientras hablaban los dos hombres, Glenn observaba de vez en cuando a la esbelta morena, la cual desayunaba con voracidad que disimulaba con cierta gracia de movimientos.

A pesar de dividir su atención entre los dos, se había dado cuenta de que Flynn había caído en una contradicción.

—Esté preparado por si se le llama para hacer una comprobación.

—¡Oiga, yo...! —comenzó a decir Flynn.

—Se hará por medio de la oficina del fiscal. Y le recomiendo que repase su declaración y se ponga de acuerdo...

—¿De acuerdo con qué?

—Con su declaración. Primero me ha dicho que usted había oído una voz de mujer que amenazaba a otra. Sin embargo su declaración dice que amenazó la señorita Vernon; y lo ha

confirmado ahora cuando ha dicho que conoce bien su voz de oírla en el teatro.

Bizcó Flynn de forma cómica mientras Glenn, sonriendo con expresión irónica se dispuso a despedirse.

Antes de hacerlo dijo aún:

—Supongo que en la oficina del fiscal le habrán avisado que no debe ausentarse sin conocimiento de ellos.

—Me han avisado.

—Encantado de conocerle, Flynn. Y gracias por su invitación...

Luego se dirigió a la rubia platino a la cual dijo:

—Me gustó el café y quien lo hace. Volveré alguna vez, Alma.

—Será bien recibido siempre, campeón. Porque hubiera sido eso de no colgar los guantes...

—¿Quién sabe? En torno al *ring* hay demasiada gente que debiera estar enjaulada...

Chao...

Chao...

Se disponía a salir Glenn cuando volvió a aparecer el hombre que había llamado anteriormente.

Se dirigió a Flynn, al cual dijo:

—Un míster Fooley le espera...

—Voy para allí...

Notó Glenn que Flynn se mostraba poco activo y bastante receloso, y adivinó que no le gustaba dejarlo a él solo con la morena.

Y el abogado facilitó las cosas, saliendo para ir en busca de su automóvil, que había dejado aparcado fuera de la vista del bar y del muelle.

Desapareció Glenn de la vista de Flynn, el cual se mantuvo aún a la puerta del bar, por si el abogado retrocedía.

Pero Harwey, tras cerciorarse de que la salida lógica de la esbelta morena era precisamente por el lugar en donde estaba aparcado su coche, llegó hasta éste, en el cual comenzó a fingir que revisaba el motor, como si algo no funcionase bien en él.

Mientras Harwey aguardaba fingiendo su tarea en el coche, Flynn, desde la puerta del bar, había llamado a la morena.

—¡Eh, Thelma! Ven aquí...

La mujer, que había terminado su desayuno y había pagado, se

acercó contoneándose graciosamente, sin mostrar prisa alguna.

—Tengo prisa... Voy a engordar esas veinte libras que necesito para acercarme a ti...

—Algo tenía que decir.

—Me lo has dicho otras veces —respondió la morena con dureza de expresión.

—Olvídalo... Ten cuidado con ese fulano...

—¿Te refieres a Glenn Harwey?

—Justo, me refiero a él...

—Sería delicioso sentirse abrazada por él...

—Ten cuidado no sea que acercarte a él pueda significar sentirte tostada por una silla que yo me sé...

—¿A qué vino él?

—Defiende a Alice Vernon, es su abogado... Pero Glenn Harwey era astuto en el *ring* y lo será fuera de él.

—Lo tendré en cuenta. Es un hombre estupendo... *Chao*, Peter...
Marchó contoneándose airoso.

Flynn se dispuso a seguirla unos pasos, pero fue llamado nuevamente de parte de mister Fooley.

Vaciló, pero al fin hubo de dirigirse al muelle en donde le esperaban.

Glenn oyó las pisadas de la ondulante morena; sin embargo no se volvió a mirar, sino que dio por terminado el supuesto trabajo que le había entretenido.

Sacudió una mano con otra y seguidamente fingió que se limpiaba con un pañuelo, dando tiempo así a que ella llegase a su altura.

Abrió Harwey la portezuela disponiéndose a entrar en el automóvil. De forma normal, su mirada se debía cruzar con la de Thelma.

Sonreía la morena y sonrió también Glenn, el cual miró con gracioso descaro para la mujer.

Ella preguntó:

—¿Cree que debo engordar?

—Yo opino que una mujer no sólo es carne...

—¿Qué es para usted una mujer?

—En principio, sexo, vitalidad, apasionamiento... Y no me gustan las gordas.

—Eso me complace... Peter es un bestia.

—Eso me ha parecido.

—¿No es su amigo?

—No. He venido a hablar con él...

—Ya. He oído algo.

—Creí que lo había oído todo. El no ha hecho secreto, y a mí me daba lo mismo.

—Creí que era su amigo.

—No...

—¿Me lleva? Así me ayudará a hacer esas libras que me faltan. ¿O tiene prisa?

—La verdad es que el trabajo no me mata. Estoy empezando mi carrera.

—No debió haber colgado los guantes...

—Antes de llegar usted he visto a Bob «Relámpago». Me alegro de haberlos colgado.

—Usted era diferente.

—Todos nos creemos diferentes y mejores; pero luego fallamos... ¿Sabe? Oí decir que tenía prisa.

—Justamente. Calle Treinta y Cuatro, esquina con Tercera Avenida...

—En seguida.

Se colocó tras el volante.

Thelma, al sentarse, había dejado al descubierto sus piernas, hasta más de tres dedos por encima de sus rodillas.

Unas piernas maravillosas, que parecían impropias en una mujer que daba en delgada, según había señalado Flynn de forma un tanto brutal.

Ella sonrió con expresión provocativa, asomando al tiempo la punta de la lengua por entre los dientes blanquísimos.

Tras la sonrisa suspiró y dijo:

—¡Pensar que no me dieron un empleo de modelo porque rebasaba exactamente en seis onzas el peso exigido!

Cruzó las piernas descuidadamente haciendo que la falda subiera un poco más y Harwey palmeó atrevidamente en la que quedaba encima, a la vez que decía:

—Así está estupendamente. Si tuviera gusto en servir de modelo yo le presentaría algún pintor amigo...

—Bueno, es otra clase de modelo a lo que yo me refería.

—Servir de modelo a un pintor que expone y que hace trabajos publicitarios es para una mujer como exponerse en un escaparate, pero tal como es, sin las deformaciones a que la someten los modistas.

—Creo que lo pensará... ¿Se gana bastante?

—Las modelos que conozco no posan más de cuatro o cinco horas diarias. Y viven espléndidamente.

—Yo trabajo ocho horas, a veces, más... Menos mal que sábados, y domingos estoy libre, menos cuando me toca turno de guardia.

—Si no es indiscreto, ¿de qué trabaja?

—Enfermera. Dos horas en la clínica del doctor King *júnior*...

—¿Enfermedades nerviosas? —preguntó el joven.

—Sí, neurólogo...

—Habrá cola de enfermos —dijo intencionadamente Glenn, mirando a las piernas de la morena.

—Bueno, allí una tiene que ir bastante más cubierta. Y no resulta convincente para los hombres.

—Temo que el doctor King «*júnior*» no tiene sentido comercial... Bueno, dos horas no es demasiado...

—Es que luego estoy seis horas en un hospital... ¡Y eso es peor!

Lo dijo con expresión que reflejaba odio, porque no se podía hablar de hastío en un carácter apasionado como parecía ser el de la morena.

—Porque además, cuando no tengo turno de guardia un sábado, lo tengo un domingo.

¡Y no hay manera de cumplir un fin de semana olvidada de todo eso!

—Debe ser poco agradable vivir entre locos...

—¿Dice locos? ¡Son peores los neurólogos! El King *júnior* y el King *sénior*; y los ayudantes que tienen...

—¿El hospital es también...?

—Sí, también... Neurólogos por todas partes menos por donde una los quisiera tener...

—¿Por dónde?

—Por debajo, pateándolos... Rió Glenn de buena gana.

Thelma le miró desconcertada en principio. Y dijo luego:

—Tiene razón. Es mejor tomarlo a risa.

Llegaban cerca del lugar en donde Thelma debía apearse.

—¿Se acordará de hablar con sus amigos los pintores?

—Me acordaré. Ellos tienen un estudio y cuando no pose para uno, posará para otro.

En ocasiones posará a la vez para dos...

La ondulante morena se había serenado totalmente y volvió a sonreír a la vez que se acercaba mimosamente a Glenn.

—Te lo agradeceré de verdad —dijo.

Detuvo el abogado su coche en el lugar designado por la morena, la cual le echó sus brazos al cuello y lo besó.

Suspiró a continuación, abrió la portezuela y tras consultar su reloj, bajó sin prisa.

—Gracias a ti llego a tiempo. Sobran tres minutos.

—Me alegra haberte sido útil. ¿En dónde te puedo encontrar? ¿En el bar de Alma?

—Prefiero que no vayas por allí. Ahora, hasta la una, estoy en la clínica de King *júnior*.

Señaló el edificio ante el cual se habían detenido. Y prosiguió:

—Descanso una hora y entro a las dos en el hospital de King *sénior*. Hasta las ocho. Puedes llamarme o dejarme un recado en cualquiera de los dos lugares...

—Cuenta con ello...

—Me gustaría poder dejarlos plantados...

—¿Es que no han crecido bastante? —preguntó Glenn. La linda morena rió alegremente.

—No me has dicho por quién pregunto, ni a qué nombre debo dejar recado.

—Tienes razón. En ocasiones una se olvida de todo... Volvió a suspirar a la vez que ondulaba el cuerpo y dijo:

—Puedes preguntar por Thelma Ballinger.

—Thelma Ballinger —repitió Harwey—. No lo olvidaré.

—*Chao*, Glenn.

—*Chao*, Thelma.

Se alejó Thelma contoneándose graciosamente.

Se detuvo a la entrada del edificio, se volvió y echó un beso al abogado, quien lo agradeció con un ademán y una sonrisa.

Glenn se mantuvo casi un par de minutos en el lugar. Al fin dijo:

—No me gustaría que esta chica resultase culpable... Porque sería difícil salvarla de la silla eléctrica.

Puso el automóvil en marcha y lo hizo avanzar sin prisa en dirección a la mansión en donde residían el profesor Ralph Custer y su sobrina Alice.

Le abrió la puerta el mayordomo Wilbur Stone, al cual no había interrogado aún.

—¿Se ha ido ya la señorita Patton? —preguntó Glenn al mayordomo.

—Sí, señor. Se ha despedido.

—¿Ha entregado la llave?

—Sí, señor. Hice lo que usted indicó y el informe señala que no hay en ella más huellas que las suyas.

—Prevía consulta con el señor Custer, opino que debería usted hacer cambiar la cerradura. Tal vez se logre evitar alguna desagradable sorpresa.

No hizo Stone comentario alguno, aunque abrió los ojos desmesuradamente, provocando la risa de Glenn.

CAPÍTULO V

Alice salió al encuentro de Glenn, llevando un sobre en la mano.

—¿Es usted quien ha pedido este informe, a nombre de mi tío?

—Si se refiere a las gestiones hechas por la policía, referentes al tipo de barbitúrico empleado, sí, soy yo quien lo ha pedido.

—Mi tío se extrañó cuando lo recibió.

—¿Qué hay en él de interés?

—Se vende exclusivamente con receta. Se ha trabajado distrito por distrito, de forma concienzuda. Nadie ha despachado esa cantidad en todo este tiempo; se han podido reunir dos o más dosis normales. Pero las recetas expendidas han sido para casos conocidos, según han investigado también.

—Eso está de acuerdo con lo que yo he podido realizar.

—¿Qué ha logrado saber? —preguntó la rubia.

—No he logrado saber. Hay que atar muchos cabos aún.

—Mi tío está impaciente. Creo que por primera vez en su vida comienza a sentirse asustado.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero tiene miedo...

—Si tiene miedo no será un buen fiscal.

Ralph Custer, que había oído la voz de Harwey, había asomado a la puerta de la biblioteca.

—¿Es que no ha salido de ahí en toda la mañana? —preguntó Harwey.

—¿Para qué he de salir? Quiero acostumbrarme a la prisión, a estar encerrado...

—Contando con un buen abogado defensor como usted y un investigador privado como yo, ni siquiera será procesado.

En lugar de responder, Custer informó al recién llegado:

—No hace mucho que he comunicado con Wilson. Tengo la impresión de que se siente perdido entre las nuevas amistades de Cynthia.

—Tal vez se encuentre a sí mismo si se dedica a investigar por otro lado. Por ejemplo... —comenzó a decir Glenn.

—Pase, y veamos... ¿Qué quiere tomar, Glenn?

—Café.

Salió Alice para dar instrucciones a Stone.

Pero se reintegró inmediatamente a la biblioteca.

—Wilson debe tener un buen archivo. Todas esas agencias de detectives privados las tienen —dijo el joven.

—Creo que sí. Además, reciben una amplia información de cuantos delitos de importancia se producen en toda la Unión.

—¿Podría volver a comunicar con él? —preguntó Harwey.

—Sí. Estaba aguardando unos informes en su oficina.

—¿Sabe si él ha averiguado algo sobre Peter Flynn, el hombre que oyó la amenaza de Alice dirigida a su esposa?

—Que yo sepa no ha hecho gestión alguna en ese sentido.

—Comencemos por otra cosa. Usted tendrá amistad con algunos médicos.

—Con más de uno.

—¿Algún neurólogo? —preguntó Harwey.

—¿Sirve el doctor Shaw? Trató una de las depresiones nerviosas que sufrió Cynthia.

—¿Neurólogo?

—Sí.

—¿Ha hablado con él después de la muerte de su esposa?

—No.

—¿Le recetó ese barbitúrico a su esposa cuando la tuvo en tratamiento? —inquirió Harwey.

—No.

—¿Por qué no lo va a ver o le llama por teléfono?

—Puedo llamarle. Estará en su consulta. ¿Qué quiere saber?

—Si emplean ese barbitúrico en su especialidad.

En lugar de responder, el dueño de la casa tomó el teléfono y poco después hablaba con el doctor Shaw, al cual no solamente hizo la pregunta interesada por Harwey, sino que pidió alguna aclaración después de obtener la respuesta.

Terminada la corta conferencia, informó Custer a su discípulo:

—Dice que se emplea bastante en determinadas sicopatías. Sin embargo por el peligro que implica su abuso, la mayoría de los neurólogos no hacen uso de él más que con los enfermos que están bajo su control directo.

—¡Magnífico, profesor! Progresamos, aunque muy lentamente.

—Usted sabe cosas y se está reservando.

—Usted me va a ayudar, profesor. Y va a saber tanto como yo.

—¿Qué hago ahora?

—Peter Flynn tiene una amiga llamada Thelma Ballinger... Puede anotarla para que no se le olvide. Puede necesitar recordarlo estando yo ausente.

Custer se apresuró a tomar nota de los datos que Harwey le facilitaba.

—Tomada nota —anunció el tío de Alice.

—Ella trabaja dos horas, de once a una, en la consulta del doctor King *júnior*. Y seis horas, de dos a ocho, en el sanatorio del doctor King *sénior*...

—¿Qué quiere saber de Wilson con respecto a eso?

—Primero: para quién trabaja Peter Flynn...

Tras semejante petición dio algunos datos, no solamente sobre Peter Flynn, sino sobre Bob «Relámpago», informando de la entrevista que Labia mantenido con ellos en el bar de Alma, próximo al muelle.

—¿Qué más quiere de Wilson? —preguntó Custer.

—Que vigile directamente o por medio de alguno de sus hombres, a Thelma Ballinger. Que se entere de si en el sanatorio del doctor King *sénior* se emplea el barbitúrico... Y también si hay posibilidad de que algún empleado o empleada pueda apoderarse de cantidades de tal droga, como para utilizarla tal como se hizo anoche.

—Entendido...

Alice escuchaba al joven con el ánimo en suspenso, admirada de su penetración, de lo mucho que había logrado sin darle importancia alguna.

En tanto, Custer llamó a Wilson para que iniciara las gestiones que interesaban a Harwey, aunque Custer lo dio como cosa suya para que el investigador privado no se molestase por lo *que* hubiese

considerado una intromisión del joven.

Wilson, sin necesidad de cortar la comunicación, dio a Custer bastantes datos en lo que a Flynn se refería.

Y prometió que pon iría una vigilancia a Thelma Ballinger y se interesaría sobre lo que se refería a posibles sustracciones del barbitúrico empleado en la muerte de la señora Custer.

Stone sirvió café para Glenn y bebidas tónicas para Alice y su tío.

Una vez el mayordomo se hubo retirado, Ralph Custer informó al joven abogado.

Peter Flynn trabaja para Barry Beacon, más conocido por B. B., sus iniciales, que coinciden con las de esa conocida actriz francesa...

—Barry Beacon... Lo he oído nombrar. Se vio envuelto hace poco más de un año en un caso de asesinato...

—Lo defendí yo —admitió Custer—. En aquella ocasión era inocente.

—¿Está seguro de que no le engañó?

—¿Quién puede estar seguro de nada? —preguntó el tío de Alice.

—Tengo entendido que usted conoce bien a Beacon...

—Sí —admitió Custer.

—Hábleme de él.

—Ya le he dicho que yo, como usted, salí de los más bajos estratos de nuestra sociedad...

—Sí...

—Aunque le parezca imposible, el jefe de la banda era yo. Beacon era mi segundo.

Teníamos alrededor de los doce años y cometimos pequeñas atrocidades...

—Le comprendo, profesor. Yo también las he cometido. También fui jefe de una banda.

—Luego nos separamos, aunque conservamos cierta amistad. Beacon y yo estuvimos más tarde varios años sin vernos. Cuando me buscó después, él comenzaba a ser «alguien» y yo había terminado mi carrera; y creo que hasta me había doctorado...

—¿Le busco por simple añoranza? —preguntó Glenn.

—No. El se había relacionado, tenía ciertas influencias... Había

logrado la secretaría de su sección en el sindicato. En un determinado distrito su influencia podía ser decisiva en unas elecciones, volcando la balanza del lado que él se pusiera.

—¿Intentó hacerle chantaje echando mano al pasado?

—¡Oh, no! El me conoce bien, sabe que no lo he ocultado, que he hablado de él y que eso no haría mella en mí.

—Mejor. ¿Le prometió ayuda para las elecciones?

—Eso fue más tarde. Primero creó ambiente a mi favor dentro del sindicato y aquello influyó en la penúltima convención del partido. Luego presumió que me había ayudado a lograr uno de los últimos cargos de que he disfrutado.

—¿Le ayudó realmente?

—El influyó sin que yo le pidiera nada. Pero yo habría logrado el cargo de todas maneras. Cómo ganaré las elecciones con él o contra él.

—Estamos de acuerdo. Eh su caso personal él no podrá desnivelar la balanza. Tiene usted demasiado prestigio entre la gente de la calle.

—Gracias por esa opinión —dijo Custer sonriendo con expresión amarga.

—Es cierto. ¿Qué le ha pedido B. B. a cambio de sus supuestos favores?

—Quiso nombrarme abogado su sindicato. Me negué.

—Hizo bien.

—Pretendió que detuviese una intervención de fiscalía y otra de los representantes del tesoro. Me negué a hacer nada. Sin embargo parece que él logró detenerlas por otra parte. Luego se burló de mí...

—¿Tuvo ese atrevimiento?

—Bien. Usted ya conoce a esa clase de gente.

—Cierto. Ahora es presidente de la correspondiente sección del sindicato —dijo Glenn.

—Sí. Y tiene una influencia decisiva sobre el presidente del mismo, que no dejar de ser una marioneta en sus manos.

Glenn silbó asombrado. Luego preguntó:

—¿Cuando usted lo defendió, se había burlado ya de usted?

—Sí. Y entonces tuvo que humillarse, porque no había abogado que le ofreciese las garantías que yo le ofrecía. Creo que no me lo

ha perdonado.

—Seguro que no le ha perdonado. ¿Le ha amenazado?

—No. Últimamente quiso hacer las paces conmigo. No me interesó y me hice el desentendido...

Tras una pausa prosiguió diciendo Custer:

—Tengo la impresión de que no era sincero; y que no habría vacilado en apuñalarme sin dejar de sonreír, cuando yo me hubiese confiado.

—No conozco demasiado sobre B. B., pero estoy de acuerdo con usted. Tras breve pausa prosiguió diciendo Glenn:

—Aunque continuamos sin tener pruebas, va estando más claro por momentos que mataron a su esposa por equivocación. El atentado iba dirigido contra usted.

Alice estaba aterrada.

Custer movió la cabeza afirmativamente y dijo:

—Sí, estoy convencido de ello.

—Ya sabe que se debe de guardar. A Barry Beacon le molesta que pueda usted llegar a fiscal y que comience a mostrarse inflexible con gentes que, como él, lo corrompen todo por donde pasan.

Fueron interrumpidos por una llamada telefónica.

—Debe ser Wilson —anunció el joven.

Ralph Custer tomó el aparato y se dio a conocer.

Era Wilson, cuya voz, por su fuerza, llegó hasta Harwey, que se había situado cerca.

—He visitado al doctor King en su sanatorio. En cierta ocasión hice un servicio a un buen amigo suyo y hoy me ha valido...

—Es una suerte, adelante...

—Emplea ese barbitúrico con sus enfermos... Dice que lo tienen bien controlado. Sin embargo, confía en su personal al cual dan las dosis precisas que deben administrar en cada momento. No sería imposible que alguien hubiese ido reservándose alguna de esas dosis, en su sanatorio o en otro.

Custer y Harwey intercambiaron miradas de entendimiento.

El dueño de la casa comprendió a su joven discípulo y dijo a Wilson:

—¿Considera usted que se puede confiar en el doctor King?

—En absoluto. Además, él le admira a usted.

—En tal caso convendría que personalmente, sin confiar en nadie, procurase controlar el uso que Thelma Ballinger pueda hacer de medicamentos de ese tipo.

—Había pensado en ello; pero no me atrevía a pedir tal cosa al doctor King sin antes contar con usted. —Pues ya sabe que me gustaría lo hiciese...

Wilson dijo de pronto:

—Usted sabe bastante más de lo que parece, míster Custer.

—Sé exactamente lo que parece —replicó Custer en tono en que había cierto humor—. Estoy trabajando a la par que usted. Y he llegado al convencimiento de que la muerte de mi esposa ha sido una equivocación. Atentaban contra mi vida.

—¡Diablos! ¿Sabe que yo he comenzado a sospecharlo?

—Yo estoy convencido ya. Pero faltan pruebas... Ahí tiene usted una pista. Se llama Thelma Ballinger... —Gracias por su magnífica ayuda...

—Estoy más interesado que nadie en que salga a flote la verdad. Lo comprende, ¿no es cierto?

—¡Naturalmente!

—Y ahora, una cosa. Tenga cuidado porque detrás de Thelma puede haber algo siniestro, gente dispuesta a matar...

Siguió un lapso de silencio. Y Custer prosiguió al cabo:

—Podría decirle muy poco más. Pero considero mejor que usted haga su camino a ver si llega a un punto de coincidencia conmigo. No quiero influir sobre su ánimo.

—Me parece perfecto —respondió Wilson—. ¿Tiene o más que decirme?

—Nada más de momento. Simplemente, debemos procurar mantenernos en contacto para conocer en todo momento qué progresos vamos logrando.

—Es una magnífica idea, y haré todo lo posible por estar en contacto con usted.

¿Siempre en su casa?

—De momento, sí. De no estar yo, estaría mi sobrina. Puede confiar en ella. Conoce bien cómo va todo.

Se despidieron los dos hombres y Harwey, a su vez, se despidió de sobrina y tío.

—¿No se queda a almorzar con nosotros? —preguntó Alice.

—Me gustaría de verdad. Pero tengo trabajo. Y almorzaré allá en donde me pille. Un simple bocadillo y un vaso de cerveza serán suficientes... Pero me debe el almuerzo, que conste.

Sonrió. Le gustaba la compañía de Alice y hubiese querido almorzar a su lado.

—Su ayuda ha sido preciosa y continuará siéndolo —dijo Custer—. Y ahora me dispensará si no salgo a despedirle. Quiero hacer unas anotaciones. Alice le hará los honores.

—Encantado con ello, profesor.

Custer se había dado cuenta de la simpatía, de la mutua atracción entre los dos jóvenes y consideró que debía darles una ocasión de estar solos.

Alice, una vez cerca de la puerta, tendió una mano al joven. Éste la estrechó entre las suyas.

—Tengo ganas de verla actuar...

—Me está viendo actuar, amigo mío. Creo que en la escena soy igual. Únicamente que me sujeto al personaje que represento.

—Entonces será una verdadera delicia.

—Al paso que van las cosas, creo que podré salir a escena pronto. No quisiera hacerlo hasta que no se hubiesen disipado las dudas que puedan haber sobre mi conducta.

—De ser así, tengo el presentimiento de que actuará muy pronto.

—Confío en usted. Creo que confié desde el primer momento.

—También yo confié en usted...

CAPÍTULO VI

Glenn iba desarmado, según era habitual en él.

Una vez hubo salido de casa de míster Custer, decidió pasar por su apartamento para recoger su pistola y dos o tres cargadores.

Conocía de sobra cómo actuaban los individuos con los que se tendría que enfrentar a no tardar mucho, si sus cálculos no resultaban fallidos.

Detuvo su convertible plateado unas yardas antes de llegar. Y saltó ágilmente, sin necesidad de abrir la portezuela.

Había recibido la sensación de que le seguían en un «Lincoln» negro, potente, y no se equivocó.

Los del «Lincoln» detuvieron el coche tras rebasar el suyo. Lo hicieron de manera aparatosa, frenando en seco.

E inmediatamente se abrieron las dos portezuelas, saltando a tierra dos hombres, armados de sendas cachiporras.

Eran el prototipo del pandillero bestial, violento, que obedece de manera ciega las órdenes del *boss*.

Un tercer hombre, al volante, desenfundó una pistola ametralladora, con la cual encañonó a Glenn a la vez que decía:

—¡Déjame a mí! Se bien cómo se debe tratar a estos perros traidores.

—Lo quieren vivo, recuerda —dijo uno de los de la cachiporra.

—Ya lo sé... Lo quieren Vivo, pero nadie me ha prohibido que le quiebre las patas; y es lo que haré si se mueve —amenazó—. Vamos, levanta las manos.

Con casi todo en su contra, el ex pugilista tenía la ventaja de que conocía el terreno, de que estaba habituado a luchar y de que tenía iniciativa propia.

Al darse cuenta de que iban por él, se había movido hábilmente,

quedando a la puerta de un establecimiento, un «*drugstore*» cuyas anaquelerías llegaban hasta la misma puerta en donde el joven se había detenido.

—Vamos, sal de ahí —ordenó el de la pistola ametralladora—. Y lo dicho. Levanta las manos...

Dio Glenn la sensación de que obedecía y comenzó a alzar las manos. Lo hizo hábilmente y rozó una botella de las que se hallaban en la anaquelera.

Y la empuñó de pronto, arrancándola del lugar, a la vez que saltaba ligeramente de costado.

Su acción desconcertó al de la pistola ametralladora que intentó seguirle en su movimiento con el arma.

Zumbó la botella en el aire.

Glenn tenía espacio para moverse; pero al de la pistola ametralladora no le sucedía lo mismo y no fue capaz de evitar que el improvisado proyectil hiciera impacto con terrible fuerza en su cabeza.

Instintivamente el *gánster* trató de esquivar a la vez que oprimía el gatillo del arma, soltando una ráfaga de proyectiles.

El impacto le hizo soltar la pistola ametralladora, quebrándose la ráfaga antes de que pudiera resultar efectiva.

Y el hombre, manando sangre abundantemente por una brecha que le abrió la botella en la cabeza, se derrumbó sobre el volante, quedando fuera de combate.

La audaz acción de Glenn había sorprendido a los dos pandilleros de las porras de goma, que se quedaron instantáneamente inmovilizados por la sorpresa.

Ellos habían acudido cada uno por una parte para cerrar a Glenn toda posibilidad de retirada y uno de ellos vio que el ex pugilista adelantaba rápido hacia él, dispuesto a dejarlo fuera de combate antes de que el otro tuviese tiempo de intervenir.

Atacó a su vez tratando de cazar al ex pugilista de un golpe.

Glenn, con absoluto dominio de la situación esquivó con uno de sus ágiles y justos saltos de costado, que le puso fuera de la trayectoria del golpe.

Y una vez hubo esquivado, golpeó de contra, con su izquierda, que metió de manera fulminante a la altura del hígado.

Al efectivo impacto se dobló el hombre hacia adelante,

señalando en su rostro, que amarilleó, una mueca de dolor.

Glenn cruzó entonces su derecha de manera impecable, sin aparente esfuerzo, pero de manera demoledora, alcanzándole en la barbilla.

Se produjo un seco chasquido, gruñó el hombre que giró como un trompo, y que fue a caer de manera aparatosa, sumiéndose en la más profunda de las regiones de los sueños.

El otro pandillero, en lugar de adelantar como había hecho en un principio, retrocedió echando mano a la pistola que llevaba en la funda sobaquera.

No tenía tiempo Glenn de apoderarse del arma que había caído al del volante, y cuando el otro desenfundaba ya, lo descolocó con una hábil finta.

Le ganó terreno de forma increíble, y con la derecha le conectó un golpe largo, cruzado, de arriba abajo, que sacudió al hombre de manera violenta, abriéndose un profundo corte en el pómulo izquierdo.

El pandillero señaló una espantosa mueca de dolor, bizcando de forma cómica a la vez que se le doblaban las rodillas y soltaba la pistola.

Se rehízo sin embargo rápidamente y quiso empuñar el arma otra vez.

El ex pugilista, más rápido, más sereno, moviéndose con la misma agilidad y limpieza como antaño se movía en el *ring*, se lanzó sobre él y le asestó un puntapié en la barbilla, obligándolo a alzar la cabeza.

Una vez erguido el hombre, atacó Glenn con la izquierda en directo perfecto que le estrelló entre los dos ojos, haciéndole extraviar la mirada.

Al duro impacto se estremeció el pandillero, que trató de colocarse en guardia adelantando su izquierda de manera instintiva.

Glenn se agachó ligeramente y metió su derecha por debajo de la izquierda del otro, llegándole con un terrible golpe al corazón.

Jadeó el pandillero.

Glenn, en tanto, se irguió con rapidez impresionante y repitió con un *crochet* de derecha que estrelló en la carótida de su enemigo.

Graznó el pandillero, giró un cuarto de vuelta con los ojos en blanco, y cayó de bruces pesadamente, quedando cruzado en medio

de la acera.

El policía de vigilancia en la zona llegaba corriendo, deteniéndose en el instante en que caía el pandillero.

—¿Qué sucede? —preguntó con cierta acritud.

Era nuevo en el distrito, no conocía a Harwey y éste se dio a conocer mostrándole su carnet de abogado.

—Me han atacado con ese arsenal que ve usted ahí. El fulano del volante llegó a disparar —acusó el joven, mostrando las huellas que habían dejado los proyectiles.

—¿Por qué? —preguntó el policía.

—Es algo que me gustaría saber. Tengo la impresión de que venían siguiéndome. Y me atacaron apenas salté de mi coche. Vivo ahí mismo —añadió señalando para el edificio en donde estaba situado su apartamento.

—Es posible que lleven más armas, no se confíe. Yo acudiré a su distrito.

—¿Lleva usted armas?

—No, a pesar de que tengo licencia. Pero me proveeré de ella ahora mismo. Llegaron dos motoristas del distrito, que habían oído el ruido de los disparos.

Uno de ellos conocía a Harwey de su época de pugilista y lo saludó con afecto y singular respeto.

Ayudaron luego a su compañero, el cual se puso al volante para llevar a los detenidos en el mismo «Lincoln».

El policía que conocía a Harwey, preguntó a éste:

—¿Le interesa saber por qué le han atacado?

—Justamente. Me gustaría que lo explicasen... Y también por cuenta de quién me han atacado.

El policía preguntó en voz baja:

—¿Se les puede aplicar el tercer grado?

—Por mí se lo aplicaría, lo merecen. Pero ignoramos quién los va a proteger. Ya sabe que estos granujas tienen protección de otros fulanos que tienen influencia y que son peores que ellos.

—Eso es lo malo —dijo el policía después de suspirar.

* * *

Glenn, una vez en su apartamento se despojo de la americana de

corte deportivo y se ciñó la funda sobaquera, en la cual enfundó su pistola tras asegurarse de que tenía un cargador colocado y de que funcionaba perfectamente.

Inmediatamente después guardó tres cargadores más, distribuyéndolos en sus bolsillos.

Hizo Glenn una revisión a todos los cierres de los huecos por donde se podía entrar al apartamento; o salir de él.

—Hasta el momento parece que no han intentado nada.

Seguidamente consultó la guía telefónica de su distrito, en el cual residía también Barry Beacon.

Llamó. Y le respondió una voz femenina.

—Por favor, guapa. Quiero hablar con el señor Beacon —pidió Glenn con amable expresión.

—No me gustan los tipos que empiezan con tanta miel —fue la respuesta a la petición de Glenn.

—Su voz corresponde a una mujer atractiva. ¿Me he equivocado? Porque en tal caso lo lamento, aunque usted lo lamentará más que yo.

—Suelte lo que sea, muchacho.

—Ya lo he dicho. Quiero hablar con Barry Beacon...

—¿De parte de quién?

—Dígale que le llamo de parte de R. C., su amigo de la infancia.

—¿Está bromeando?

—En este momento, no. Haga el favor de pasarle el recado.

—¿Y usted quién es? —preguntó la mujer.

—Dicen que querer saber demasiado entraña sus peligros. Pásele el recado cuanto antes.

Glenn no hablaba ya con amabilidad, mostrándose más bien brusco. Se había dado cuenta de que la mujer que estaba a la otra parte del hilo necesitaba que se la impresionase de aquella manera.

—No estoy segura de que esté.

—Peor para él y para algunos de sus amigos. Así es que búsquelo aunque sea debajo del piso.

Se mostró duro y autoritario.

La mujer no se violentó, sino que, por el contrario, respondió con expresión que resultaba sumisa:

—Intentaré encontrarlo.

—Dese prisa.

Apenas si había transcurrido un minuto cuando oyó una voz viril, que preguntaba:

—¿Quién es?

—Soy abogado y me llamo Glenn Harwey. Deseo informarle de que he dejado fuera de combate a los tres pandilleros que me envió. Los he entregado a la policía...

—No tengo pandilleros...

—Aquí nos conocemos todos, B. B. Ellos se comportaron como buenos chicos, sin una protesta ni un mal gesto. Los tiene la policía del distrito.

—¡Ya le he dicho...! —comenzó a gritar Beacon.

—No se exalte. Y no es necesario que grite. No estoy sordo. Dese prisa si quiere evitar que canten más de la cuenta. Van a necesitar un buen abogado...

Siguió un lapso de silencio.

Al fin Beacon resopló sin demasiada fuerza, pero que daba la pauta de lo que era su contrariedad en aquel momento.

—No sé de quiénes se trata, pero yo no niego mi ayuda a nadie...

—Magnífico, Beacon. Debe creermme cuando digo que son los suyos —dijo Glenn en tonillo humorístico.

—Usted ha dicho que es abogado.

—Es cierto...

—Hasta creo que he oído hablar de usted.

—Seguro que ha oído hablar de mí. Puede que en este momento hasta le estén chillando los oídos...

—Dejemos eso, míster Harwey. Si los chicos a que se refiere necesitan un buen abogado, hágase cargo del asunto. Usted es de los buenos y yo no voy a quedar mal por quinientos dólares más o menos.

—Si alguna vez pienso venderme, será por un precio bastante más elevado, Beacon.

Usted ha amasado bastantes dólares, pero no los suficientes para comprarme.

—No le comprendo.

—Me comprende perfectamente. Los «chicos» intentaron asesinarme. Conseguiré para ellos una buena condena si usted no es capaz de evitarlo.

—Olvide eso. Yo...

—Usted irá más lejos que ellos. Usted sentirá una descarga eléctrica en cierta silla. Y ése será el final...

—¿Se atreve a amenazarme?

—Exactamente, Beacon. Hasta ahora ha luchado usted contra los agentes del Tesoro, contra otros *gangsters* de su calaña, contra la policía... Pero en adelante no será igual, ya lo sabe.

—¡Escuche, Harwey! ¡Lo trituraré! —gritó Beacon furioso.

—Usted sabe bien que no lo conseguirá. Y cuando comparezca ante un jurado, no contará ya con R. C.

—¡Me sobran abogados para sacar a los chicos!

—No se altere. Y ahora no le hablo de los chicos, sino de usted. Se verá solo. Su último crimen ha sido repugnante.

Lo dijo suavemente, con expresión burlona.

Y cortó la comunicación cuando Beacon comenzaba a decir algo con voz tan fuerte que retumbó en el aparato.

Glenn se sintió satisfecho. Había sido relativamente fácil hacer perder los nervios al *gánster*.

Y sabía que cuando se pierden los nervios se cometen muchos errores.

CAPÍTULO VII

Thelma Ballinger, la espigada morena, se arregló rápidamente para salir a la calle una vez hubo terminado su turno de la tarde en el sanatorio del doctor King *sénior*.

Había recibido la sensación de que el doctor la miraba de manera diferente a lo que era habitual en él.

Y no miraba a la mujer. Su mirada no era de deseo, ni siquiera de admiración.

Además, el doctor King había tenido siempre una forma de comportarse intachable, no solamente con ella sino con otras enfermeras tanto o más jóvenes, más atractivas... Y hasta un poco más ligeras.

Estaba preocupada. Y pensó decírselo a Peter Flynn, quien la estaría aguardando a la salida, como la mayoría de los días.

Una vez fuera, al respirar el aire libre, con el perfume de las flores del cercano parque, se sintió aliviada.

No lejos de la puerta del sanatorio se hallaba Flynn.

Al descubrirlo decidió que sería mejor no decirle nada. El podía reaccionar de manera violenta, como le había visto reaccionar en otros asuntos de índole semejante.

Recordó que Flynn no había vacilado en atropellar a un cómplice, dejándolo tendido en la carretera, muerto, por la simple sospecha de que el cómplice había sido débil en un interrogatorio, y que si la policía lo había soltado era para que la condujese hasta el resto de la banda.

Tras aquel pensamiento se arrepintió de haber salido; pero no era posible ya dar esquinazo. Peter la había visto y se dirigía a su encuentro.

Decidió Thelma que lo aguantaría aquella noche y tan pronto

lograra dejarlo, desaparecería de su vista para siempre.

Durante las horas de trabajo de aquel día, en más de una ocasión se le había presentado en la imaginación la varonil figura de Glenn Harwey.

Le gustaba el hombre, que respiraba fuerza física y moral, energía, hombría de bien.

A pesar que Flynn le había prevenido contra él advirtiéndole que debería tener cuidado, pensó Thelma en más de una ocasión durante aquellas horas, que precisamente Harwey era el hombre que la podía salvar, el hombre capaz de sacarla de la difícil situación en que se había ido hundiendo poco a poco, como quien se adentra en un pantano de arenas movedizas hasta que termina por ser tragado.

Era precisamente la angustiosa sensación que sentía mientras se acercaba a Peter Flynn.

—¡Hola, «morucha»! —saludó Flynn con voz bronca.

—Hola. Creí que aguardarías a que hubiese engordado esas veinte libras que me hacen falta...

—Estás hablando demasiado. Aquello fue porque algo tenía que decir para que no te acercases.

—Eres un bestia, Peter, lo has sido siempre. Eso me lo habías dicho en otras ocasiones; y cosas aún peores...

—Está bien, olvídale... Esta noche hay invitación. He tenido un buen día...

—Yo también he tenido un estupendo día. Dos enfermas que han sido dadas de alta me han dado sendas gratificaciones... Y no han sido tacañas.

—Enhorabuena. Hay que celebrarlo... Cena de gala, baile... —propuso Peter.

Había divisado Thelma la silueta de un automóvil que aguardaba. Se dio cuenta de que Flynn la llevaba hacia él e intentó zafarse, diciendo:

—Vamos a tomar el «bus». Me siento feliz viéndome entre gente normal después de estar todo el día entre locos.

—No hay que exagerar; algunos no lo están tanto. Y sueltos los hay que son de cuidado —bromeó Flynn.

Empujó a la chica hacia el automóvil y dijo:

—He traído coche. Ya dije que tendríamos cena de gala.

Además, no estaremos solos... Habrá dos chicas más y dos amigos...

—No tengo ganas de amigas ni amigos. Y quiero ir en «bus» —se rebeló Thelma.

Flynn no se anduvo con contemplaciones y la aferró fuertemente por un brazo mientras la encañonaba con una pistola que le apoyó en la espalda.

El arma quedaba oculta entre los dos.

No había anochecido por completo, pero faltaba poco para ello. La luz era escasa y el parque, lo mismo que la calle, parecían desiertos.

Miró Thelma en torno, reflejando miedo y angustia.

—Nadie, pequeña. Un amigo se encargó de distraer al policía de turno. Que además, viene poco por aquí.

Se habían acercado al automóvil del cual salió un individuo con una porra de goma en la mano mientras otro permanecía al volante.

Thelma los había visto en más de una ocasión, aunque no sabía cómo se llamaban.

En el automóvil, aguardando, se hallaba otro hombre. Alto, delgado, de barba casi totalmente canosa y bigote lacio que caía por ambas comisuras de la boca.

Protegía los ojos con grandes gafas oscuras que tendían a aumentar la siniestra impresión que causaba de por sí.

Se llamaba Arthur Reemick, sus compinches le apodaban «el doc» y había estudiado y ejercido durante algunos años la carrera de Medicina.

Expulsado del Colegio Médico primero, condenado más tarde, oficialmente se daba por muerto a Arthur Reemick, tras una laboriosa fuga de una prisión.

Pero lo cierto era que estaba vivo, poseedor de un pasaporte falso, pero que por el momento le servía.

Había logrado una sustanciosa transformación de su físico gracias a la cirugía estética y a los años.

De tal manera, aunque cuidaba de no exponerse a la luz del día, hacía vida casi normal, impunemente hasta el momento.

Cuando vio asomar a la espigada morena la animó con expresión humorística.

—Adelante, chica Estás entre amigos.

El de la porra de goma se mantuvo vigilante mientras Thelma,

ayudada por Flynn y por «el doc», entraba en el automóvil, tomando asiento junto al siniestro personaje, el cual se hizo cargo de ella.

Acomodada Thelma al lado del «doc», se situó Flynn al otro lado de la morena. El granuja palmeó familiarmente en uno de los muslos de la mujer.

—Sí, morucha. Habrá cena de gala, baile... Lo que más te guste...

—Largarme sola...

—Te largarás sola, «completamente» sola... —recalcó Flynn con siniestra intención que hizo temblar a la morena.

El de la porra de goma había cerrado en tanto la portezuela, pasando a ocupar un asiento junto al chófer.

El «doc» dijo a su vez:

—Completamente sola, morucha. Tú eres una romántica, ¿no?

El automóvil permaneció en el sitio a pesar de que todo parecía ya dispuesto para iniciar la marcha.

Entonces, a pesar de que en el vehículo había escasa luz, se dio cuenta Thelma de que Reemick manejaba una jeringuilla provista de la correspondiente aguja, con la que se disponía a inyectarle.

Intentó resistirse, pero Flynn por una parte, y el médico, que la aferró por un brazo, por otra, la inmovilizaron.

—Tranquila, muchacha. De lo contrario te haré daño sin querer —señaló el «doc».

Resultaba un verdadero sarcasmo, puesto que a Thelma no se le ocultaba que la inyección significaría su muerte.

—Es heroína... Para ponerte en situación. Así te divertirás más y mejor —anunció el «doc».

—Ella se ha inyectado más de una vez. Y no extrañará a «nadie» que se inyecte una vez más —dijo a su vez Flynn.

Thelma se estremeció, sintiendo un ramalazo de frío.

—La dosis resulta un poco fuerte. Deberás tener cuidado, muchacha, de lo contrario caerás al río... Frío, aguas pestilentes... Cuando te «pesquen» serás un cadáver más...

—¿Ha oído decir a alguien que los muertos hablen, «doc»? —preguntó Flynn.

—Yo estoy muerto y hablo... la cosa no queda solamente en hablar. Actúo también. Reemick se dispuso a pinchar y Thelma

cerró los ojos.

—No quiero molestarte limpiando la piel con alcohol, ni vamos a perder tiempo esterilizando la aguja... No habrá tiempo de que se produzca infección alguna...

Hablaba Reemick fríamente, con ironía que calaba, que producía frío.

En el momento en que el granuja se disponía a pinchar, se produjo un fuerte estallido.

Se ladeó el coche al mismo tiempo que un silbido señalaba que una de las ruedas perdía aire rápidamente.

Había sido una rueda trasera, precisamente la del lado en donde estaba Flynn.

Éste soltó una maldición, avisó con la mirada a Reemick que debía hacerse cargo de Thelma, e inmediatamente abrió la portezuela.

Cuando saltó al suelo lo habían hecho también el hombre de la porra y el del volante.

Acudieron los tres a la rueda mientras el «doc», suspendida momentáneamente la operación, advertía a Thelma:

—No se te ocurra gritar...

—¿Qué me puede pasar? ¿Qué me mate? Lo hará de todas maneras...

—Sucedería algo peor, «morucha». Y entonces pedirías la muerte como una liberación. No había terminado de hablar cuando sintió un golpe en la boca.

Experimentó Reemick un dolor intenso. Dos dientes le saltaron, reventó el labio inferior y sintió el sabor de la sangre que comenzó a brotar.

Quedó sin fuerzas para hablar, mucho menos, para gritar. Intentó defenderse y recibió otro duro golpe en el entrecejo.

Se rompieron las gafas y él quedó sin sentido, doblada la cabeza sobre el pecho.

Se había producido el ataque con sorprendente rapidez, con el mínimo de ruido, hasta el punto de que los otros, que estaban denostando por el inesperado percance, no se dieron cuenta de lo que sucedía.

Thelma se había vuelto al oír el primer golpe, dándose cuenta de que quien fuese, golpeaba con una pistola empuñada por el cañón.

Le pareció que era Glenn Harwey.

Pero éste había desaparecido apenas Reemick fuera de combate. Flynn, tras varias palabrotas, dijo:

—No perdamos tiempo. La rueda de recambio...

Iniciaron los tres hombres al mismo tiempo el movimiento para ir en busca de ella.

Pero se detuvieron inmediatamente, al descubrir que un hombre les encañonaba con una pistola, a la vez que ordenaba:

—Quietos...

Atacó el de la porra pretendiendo desarmar al atacante de un golpe, y éste retrocedió de ágil salto, a la vez que hacía fuego.

La bala alcanzó al pandillero en el corazón, disparándolo hacia atrás, muerto. Flynn logró desenfundar y se hizo hacia atrás dispuesto a tirar.

Se le adelantó Glenn, el cual le metió la bala en la cabeza, en la que le taladró un agujero por el que saltó la sangre.

El hombre del volante, inmovilizado en el primer momento por la sorpresa, intentó huir.

Pero Glenn le cazó con un fuerte golpe que le aplicó en la nuca, derribándolo sin sentido.

—Bueno, morucha. El camino está libre —anunció el abogado asomando al automóvil, tendiendo una mano a La espigada morena, la cual lo miró con asombro y miedo.

Thelma parpadeó deslumbrada.

Había oído perfectamente los dos disparos e intuía que había sangre. Glenn no parecía de los que se asustaban por muerto más o menos.

—¡Glenn Harwey! —exclamó, aunque no fue capaz de moverse.

—El mismo. Aunque la policía no está cerca, conviene que nos movamos. Se habrá escuchado bien el ruido de los disparos...

Se decidió Thelma a salir, tomando la mano que Glenn le tendía para ayudarla. No hizo comentario alguno, deseando alejarse cuanto antes del lugar.

Atravesaron el parque, para salir a otra parte de la ciudad en donde les resultaría fácil pasar inadvertidos entre el creciente tráfico creciente por la hora.

Al fin, Thelma, respirando agitadamente, dijo:

—No puedo más.

—De acuerdo. Quería que te cansaras un poco, que te movieses después del susto que has llevado.

—¿Te has dado cuenta?

—De todo. Precisamente he hablado con los amigos y he ido a esperarte para comunicarte que están dispuestos a darte trabajo. Al llegar descubrí a Flynn y a los otros. Había algo de siniestro en ellos...

Descubrió Glenn en las cercanías una cabina telefónica y se dirigió a ella, llevando a Thelma de la mano.

—¿Adónde vamos?

—Sígueme y no preguntes...

Una vez dentro de la cabina le dijo sonriendo:

—Ahora puedes descansar, mientras charlo.

—¿Y tu auto?

—No lo he querido sacar. Ellos lo conocen, y como han tratado de hacerme volar, ahora uso el taxis o el «bus»...

Sin dejar de hablar, había ido marcando un número telefónico, entrando en contacto con la policía del distrito.

Omitiendo nombres informó de lo ocurrido.

Mientras lo hacía, Thelma escribió rápidamente en un papel algo que mostró a Glenn para que lo leyese.

Respondió Glenn de manera concisa a una pregunta que le hicieron y pasó a informar, diciendo:

—El hombre que ha quedado sin sentido en el auto, al cual se le conoce por el «doc», es Arthur Reemick, fugado de una prisión del estado cuando cumplía condena, y al cual se cree muerto.

—¿Cómo lo sabe? —preguntaron.

—No importa el cómo. El pasaporte que lleva, a otro hombre, es falso, lo podrán comprobar. Y pueden comprobar sus huellas digitales y compararlas con las de Reemick...

Para evitar una localización cortó la conferencia no sin decir antes:

—De no darse prisa van a llegar un poco tarde... Thelma preguntó:

—¿Quién eres realmente?

—Un abogado. Trato de evitar que mi cliente sea acusada de un asesinato que no ha cometido.

—¿Qué tienen que ver ellos con ese asesinato?

—No lo sé. Flynn oyó una amenaza de muerte. Según él, mi cliente amenazó a la que poco más tarde fue víctima... Fui a hablar con él, ya lo oíste esta mañana. Y desde entonces comenzaron a ocuparse de mí, intentando cortarme el resuello.

Habían salido de la cabina telefónica.

—¿Podemos ir a tu apartamento? No soy capaz de recomendar el mío a nadie. Debe estar vigilado —señaló Glenn.

—Al mío tampoco es conveniente ir. Has evitado que me asesinasen, ¿no? —preguntó Thelma.

—Sí...

—Aunque parezca mentira, no tengo adónde ir. Ellos conocen todos mis posibles refugios...

—Pero Flynn ha muerto.

—No importa. Hay más gente de ellos que me conoce bien...

—De acuerdo. Creo que podré solucionarlo. Yo también necesito un lugar en el cual poder descansar...

CAPÍTULO VIII

Glenn Harwey, previniendo algo de lo que podía suceder, había recabado de Larry Wrigth, dueño del estudio, no solamente la llave de éste, sino autorización para usar de él como refugio, no solamente para sí, sino para cualquier otra persona.

Cuando Thelma y Glenn llegaron al estudio, no hacía mucho que Wrigth, el último en retirarse normalmente, se había ido.

El joven abogado repasó las ventanas, cerrando herméticamente las persianas para no dejar pasar luz al exterior.

Solamente entonces encendió, valiéndose de las luces indirectas o tamizadas.

—Allí está el tocador en donde se desnudan y se visten las modelos —señaló Glenn.

—¿Y tú...?

—Allí tengo un gabinete, también con una cama convertible. Y sobra ropa.

—Te lo agradezco mucho...

En esa pequeña cocina está el frigorífico. Siempre hay cosas apetitosas, tanto para comer como para beber...

—No me gustaría abusar...

—No hay abuso. La costumbre es dejar el precio aproximado de lo que se toma. Y hay una mujer encargada de reponer lo que se ha gastado.

—Es un buen sistema.

—¿Te apetece algo?

—Ahora no, más tarde.

Thelma se dejó caer en un cómodo sillón. Y Glenn tomó asiento en una silla no menos cómoda que acercó.

—¿Por qué te querían matar? —preguntó el joven.

—No lo sé.

—Has respondido muy pronto...

—¿Me has salvado de ellos para poder preguntarme? —inquirió Thelma.

—No eres justa al hacerme esa pregunta...

—Tienes razón.

—Estás en peligro, Thelma. Por lo que parece no tienes adónde ir, ni quien te defienda, a no ser yo...

—Así es... —Hubo de reconocer la morena después de reflexionar.

—¿Quieres de verdad que te defienda? Piénsalo bien...

Glenn, para no coaccionar a la chica con su presencia, se levantó y fue hasta el frigorífico.

A continuación fue al mueble bar y se preparó un bocadillo, sirviéndose un vaso de buen vino californiano.

Cuando regresó junto a Thelma ésta había tomado ya su decisión.

—Quiero que me defiendas. Lo voy a necesitar...

Los que han sido hasta ahora mis amigos serán en lo sucesivo mis más encarnizados enemigos. Tú mismo lo has podido apreciar.

—Sí...

—Entonces no hay duda...

—Si no hay duda, adelante...

—¿Estás dispuesto a defenderme, incluso de la silla eléctrica? —preguntó Thelma, tragando saliva antes de nombrar la silla.

—El defenderte de la silla eléctrica entra en el ejercicio de mi profesión. Pero soy capaz de ir más lejos. Ya has visto que no he vacilado en quitar de en medio a dos indeseables...

—No has podido hacer otra cosa, hay que reconocerlo.

—Podía haberme ido por el parque y dejar que terminasen contigo... Y no intento pasarte factura...

—Ya lo sé... Eres demasiado noble para hacer una cosa así.

—Gracias... ¿De verdad no te apetece? —preguntó Glenn dispuesto a comenzar con su bocadillo tras haber bebido vino.

—Te confieso que estoy demasiado asustada... Y no me pasaría nada por la garganta.

La misma saliva me hace daño.

—¿Tanto les temes?

—No es a ellos a quienes temo...

—¿A qué temes...?

—A lo sucedido...

Hablaba Thelma con angustiada expresión.

Glenn permaneció silencioso, esperando que ella se decidiese a hablar sin que hubiese necesidad de forzarla.

Su gesto era de gran comprensión cuando comenzó a decir Thelma con voz apagada:

—Fui yo quien cambió el zumo de naranja que iba destinado a matar al señor Ralph Custer, y que por error mató a su esposa.

Siguió un lapso de silencio bastante prolongado. Glenn dijo finalmente:

—Si te dijese que me has sorprendido, faltaría a la verdad.

—¿Acaso lo sabías?

—Sospechaba algo. Y he preferido que hayas tenido la sinceridad y el valor de decírmelo sin necesidad de que te haya presionado.

—¿Qué piensas hacer?

—Defenderte...

—¿Me vas a entregar a la policía?

—Por el momento, no. Te entregaría si tú te mostrases de acuerdo en ello y no encontrásemos otra solución mejor.

—Gracias, Glenn. Me alegro mucho de no haberme equivocado cuando he confiado en ti —respondió la morena, dando la sensación de que se iba sintiendo considerablemente aliviada.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Mucho mejor. Apenas si tengo miedo ya.

—Me alegro. Y celebro también que hayas llegado hasta aquí por tu propio convencimiento.

Tras otro corto período de silencio, preguntó Glenn:

—¿Cómo entraste en la casa?

—Me dio Flynn la llave. Me acompañó y aguardó afuera.

—Ése ha sido su gran error. No el esperarte, sino el meterse a declarar para desviar la atención de la policía... Se hizo notar más de lo que le convenía.

—Se lo dije tan pronto lo supe. El me dijo que no me metiese en lo que no me importaba. El jefe había dado órdenes y él las cumplía.

—¿Quién es el jefe?

—No te puedo asegurar que sea Barry Beacon; pero todo el mundo sabe que Flynn trabaja para él.

—¿Qué tiene que ver en todo eso el «doc»?

—No lo sé exactamente. Está muy ligado al jefe. No se puede decir que mande tanto como él, pero creo que no falta mucho. Desde luego manda más que Peter —informó Thelma.

—Volvamos a tus movimientos, a tu participación... ¿Quién te proporcionó el fenobarbital?

—Lo fui sustrayendo personalmente a la dosis que me daban para los enfermos.

—Exacto. Es lo que yo había sospechado...

—¡Naturalmente! Por eso hoy el doctor King me miraba hoy de manera *rara*. Y precisamente él es un hombre muy ecuaníme...

—¿Así pues, no es cierto eso de que todos los neurólogos terminan locos?

—En absoluto. El doctor King es magnífico, muy normal y jamás ha intentado propasarse con ninguna de nosotras.

—Es lo que nos han dicho de él...

—¿Así pues, lo conoces ya?

—Ha hecho la gestión un detective privado siguiendo directrices mías —respondió Glenn.

—¡Y ellos me aseguraban que si seguía sus instrucciones, era imposible que se nos descubriese!

—Se han equivocado, como puedes comprobar.

—Es cierto...

—Prosigamos. Entraste en la casa...

—Justamente. Sabía bien la hora en que la servidumbre estaría acostada. Únicamente estaba en pie el señor Custer, en su biblioteca, trabajando.

—¿Qué hiciste?

—Me habían dejado preparado un vaso semejante al del señor Custer, con zumo de naranja. Yo vertí en él la dosis que se consideró necesaria, según dijo el «doc». Y aguardé el momento en que el señor Custer salió de la biblioteca para hacer la sustitución.

—¿Qué hiciste con el otro vaso?

—Tomé yo el zumo de naranjas. Lo necesitaba... Eso o lo que hubiese sido. Y lo dejé vacío en el mismo lugar en donde me habían

dejado el otro vaso...

—¿Sucio?

—Sí. Me dijeron que alguien se encargaría de limpiarlo...

—¿Sabías que el señor Custer tomaba su zumo todas las noches?

—Naturalmente. Y que antes de tomarlo se levantaba e iba a lavarse las manos.

—¿Quién facilitó toda esa información?

—Lo ignoro. Tal vez alguien de la casa...

—Justamente, alguien de la casa —aseveró Glenn.

—¿Escuchaste la discusión entre la señora Custer y la señorita Vernon? —preguntó el joven a continuación.

—Sí, la oí perfectamente.

—¿Hablaste de ello con Peter?

—El la había oído también...

—¿Por qué no entraron él o el «doc» a hacer tu trabajo?

—Ellos se quedaron afuera, vigilando...

Thelma, respondiendo a preguntas de Glenn, completó una serie de detalles demostrativos de que todo había sido concienzudamente planeado, hasta el punto de que Thelma había estado dos noches más en la casa, para que se familiarizase con ella y con los movimientos normales de sus habitantes.

—¿Has estado allí tras noches seguidas? —preguntó el abogado.

—No. Cada noche en semana diferente. Concretamente, los martes de cada semana...

—Los martes de cada semana... Aguarda un momento.

Glenn fue al teléfono y marcó el número correspondiente a Ralph Custer. Tomó el tubo en la otra parte Stone, el mayordomo.

Glenn se dio a conocer y pidió que se pusiera al teléfono Alice, a la cual preguntó:

—¿Quién de la servidumbre tiene fiesta los martes? La respuesta fue la que Glenn esperaba:

—Sandra... ¿En dónde está? Tanto tío Ralph como yo estábamos intranquilos al carecer de noticias suyas.

—Bien por el momento. Y progresando... ¿Ella no ha fallado su fiesta en los últimos martes?

—No ha fallado ningún martes.

—Gracias por la información. Convendría que Wilson le pusiese alguien que la vigilase discretamente. Cada vez va estando más

clara su culpabilidad, aunque ella no actuase directamente.

—Se lo diré a tío Ralph...

—Por favor, que no lo descuiden...

Se despidieron los dos jóvenes. Y Glenn se volvió a Thelma, que le miraba con curiosidad e interés.

—¿Sabes ya quién proporcionó la llave para que yo entrase? —preguntó Thelma.

—Sí. La misma persona que dejó preparado el vaso con el zumo de naranja. Thelma, tras unos segundos de reflexión, dijo:

—Ya supongo quién fue. La doncella de la señora Custer.

—Sí. Pero ella tiene su coartada. La noche última estuvo con un sargento de policía desde las nueve o nueve y media, hasta media hora después de la muerte de la señora Custer.

Thelma señaló un gesto, como queriendo significar que con coartada o sin ella, lo que Sandra Patton hubiese hecho no la aliviaría a ella en su difícil situación.

—Conozco ya cómo se produjeron los hechos y cuáles han sido los móviles en cada caso; menos en el tuyo... ¿Odiabas al señor Custer?

—No lo conocía.

—No creo que lo hayas hecho por dinero.

—No me sobra el dinero; pero no lo he hecho por dinero. Había sinceridad en Thelma.

—Drogas...

—Ni eso siquiera...

—¿Entonces? —preguntó Glenn comenzando a sentirse desconcertado.

—Es difícil de creer. Han habido drogas, pero no las he tomado por mi voluntad. Me han drogado ellos, han logrado anular mi voluntad... Y yo he obedecido sabiendo lo que hacía y sintiéndome incapaz para desobedecer sus órdenes.

Glenn, que había terminado el bocadillo, bebió el último trago de vino y quedó contemplando a Thelma con curiosidad.

—¿Has estado enferma alguna vez? —preguntó el abogado.

—Sí... Más de una vez.

—¿Por ejemplo?

—Hace tiempo padecí una lesión pulmonar. ¡Pero curé completamente! Estoy perfectamente bien...

—No lo dudo. No te exaltes.

—Tienes razón, perdona. No comprendo cómo me suceden esas cosas...

—¿Eres enfermera diplomada? —preguntó Glenn.

—Sí, naturalmente. De lo contrario el doctor King no me hubiese admitido en su sanatorio. Quiere personal competente cerca de sus enfermos.

—¿Por qué fuiste precisamente a un sanatorio de esa clase? ¿Te había tratado el doctor King?

—No...

—¿Entonces...?

—No sé... Me sentía más segura en ese empleo que en otros...

—Es natural que buscaras empleo en un sanatorio siendo enfermera. Pero ¿por qué precisamente con un neurólogo? ¿Es por eso por lo que te sentías más segura?

Thelma tardó en hablar. Cuando lo hizo fue para preguntar:

—¿Por qué me atormentas?

—No te atormento. Tengo que defenderte y necesito elementos para organizar tu defensa. ¿O quieres ir a la silla eléctrica?

—¡No!

—¿Por qué te sentías más segura en el sanatorio del doctor King? Thelma tardó en responder. Y dijo al fin:

—Sí... Padecí una grave neurosis. Fue después de la lesión. Neurosis obsesional...

—No le has hablado de tal cosa al doctor King.

—No.

—¿Por qué?

—Me sentía bien...

—Sin embargo no estás totalmente curada. Si lo hubieses estado ellos no habrían podido manejarte como lo han hecho...

—No lo sé...

—Es como te digo. ¿Quién te trató la otra vez?

—El doctor Jacobs, de Baltimore...

—¿Reemick conocía tu historia?

—Bob «Relámpago» se la refirió a Flynn y éste se la contó a Reemick.

—¿Cómo se enteró Bob?

—Estuvo en tratamiento también, después de una pelea que

perdió por fuera de combate. A raíz de eso le retiraron la licencia.

Glenn, tras escuchar la confesión de Thelma, se puso nuevamente en Contacto con la policía de distrito.

La respuesta fue decepcionante.

—Llegamos tarde. Ellos se habían largado, sin dejar rastro. ¿No habría soñado usted?

¿O es que quiso gastarnos una broma pesada?

—Ninguna broma...

—Tal vez estuvo usted recluido en el sanatorio del doctor King, y a la salida se le ocurrió todo...

Glenn sonrió. Y cortó la comunicación dejando descansar el tubo sobre la correspondiente horquilla.

CAPÍTULO IX

Glenn, tras terminar su conversación con la policía, se volvió a Thelma, que le miró con creciente interés.

—Green que estoy loco. Si son sinceros, piensan que vi visiones al abandonar la clínica del doctor King una vez dado de alta.

—Ten cuidado, Glenn. Tengo entendido que Beacon paga a uno o dos policías para que le tengan informado de lo que le puede interesar. Y también para que hagan la vista gorda en determinadas ocasiones.

—¿En la central?

—No. En el distrito.

—¿Quiénes son?

—No lo sé...

—¿Uno de ellos podría ser el sargento Pat O'Neil?

—No tengo ni idea. Si lo supiera te lo habría dicho.

Glenn paseó arriba y abajo, dando la impresión de que estaba preocupado. Dijo al fin:

—Yo dejé al «doc» y al otro individuo bien dormidos. Tenían como poco para quince o veinte minutos...

—Sí...

—El parque lo cruzamos en tres o cuatro minutos. Telefoneábamos dos o tres minutos más tarde...

—Así es.

—Sin embargo han llegado tarde. No había quedado ni rastro. Hasta la sangre de Peter y del otro había sido barrida...

—Es como para preocuparse. Te comprendo perfectamente. Beacon tiene mucha influencia...

—Pues no le valdrá, te lo aseguro. Los dejé allí porque debía

sacarte de la zona peligrosa y porque tenía interés en que fuese la policía la que actuase. Pero ahora será diferente. Golpearé yo, personalmente.

—Ten cuidado, Glenn...

—Conozco bien a la gente como Barry Beacon. Llegan hasta donde llegan por la cobardía de unos y la venalidad de otros...

—Así es...

—¿En dónde podría encontrar al «doc»?

—Lo ignoro. Ellos no se confían. Y sabiendo que estoy contigo, evitarán cualquier lugar de los que yo conozco.

Thelma, tras reflexionar, prosiguió, diciendo:

—Solamente en esa parte de los muelles que ellos dominan, deben tener de cuatro a cinco escondites. Están los locales de su sección del sindicato, la misma casa de Beacon, en la cual no se puede entrar sin una orden del juez...

—Por mi parte te aseguro que no necesito ninguna orden. Me bastaría con saber que podría encontrar en ella al «doc»...

Thelma volvió a recomendar cuidado al joven abogado.

—Tendré cuidado... Te vas a quedar aquí, Thelma...

—¿Sola?

—Exactamente. No me vas a decir que tienes miedo...

—Ellos no tienen ni idea de que puedo estar aquí. Además, voy a cerrar tan pronto te marches... Y no abriré hasta que no vuelvas. No me escaparé... Seré leal contigo, lo mereces.

—Creo que te conviene... Huir ahora sería no tener tranquilidad nunca, huyendo de ellos y de la justicia...

—Lo he comprendido... He pensado bastante desde que ellos se disponían a asesinarme —dijo Thelma.

—Magnífico. Hasta pronto. Es muy posible que vuelva a dormir aquí —dijo Glenn al despedirse.

* * *

Alice Vernon recibió a Glenn con expresión que reflejaba alivio y alegría.

—Temí que le hubiese sucedido algo...

—No me ha sucedido algo. Me han sucedido bastantes cosas; pero he podido esquivar los golpes, mientras que mis enemigos no

han sido tan afortunados.

—Llega a tiempo de cenar. Aunque no tenemos demasiado apetito, ésa es la verdad.

—Lo comprendo. Sin embargo, deben alegrarse. Tengo en mis manos un triunfo...

El profesor Custer, normalmente tranquilo, no había sido capaz de dominar su impaciencia y salió al encuentro del joven.

—¿De qué triunfo se trata?

—Sencillamente, la persona que cambió el vaso del zumo. El objetivo era usted. Todavía no podemos probar que el asesinato ha sido organizado por Beacon; pero lo demostraremos.

Pasaron a la sala biblioteca en donde Glenn hizo un sucinto relato de todo lo que había logrado.

—¿Tiene en su poder a esa chica? —preguntó asombrado el tío de Alice.

—Justo. La arranqué del poder de ellos en el momento en que iban a asesinarla... Lo malo fue que hube de liquidar a uno de los que hubiesen podido ser testigos contra Beacon, aparte de acusado. Me refiero a Peter Flynn...

—Peter Flynn... Precisamente el cabo suelto que tomó usted para ir deshaciendo el embrollo...

—Justamente. ¿Qué dice Wilson?

—Uno de sus hombres vigila a Sandra... Todo normal por ahí.

—Sin embargo, la vida de Sandra peligra. El sabueso que haya puesto Wilson allí debe saberlo. Y debe prepararse a defenderla en caso de necesidad.

—Se lo haré ver.

—Conviene que haga usted una gestión acerca del doctor Jacobs, de Baltimore. El debe informarle sobre la enfermedad de Thelma para saber cierto hasta qué punto puede exculparla de lo que ha hecho.

—Comprendo. La haré inmediatamente.

—Si le da datos sobre Bob «Relámpago» no estará de más. Bob y Thelma coincidieron en el sanatorio del doctor Jacobs...

—Entendido. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Poner nervioso a Beacon. Cometerán errores, como el de intentar liquidar a Thelma Ballinger...

—¿Piensa que intentarán liquidar también a Sandra?

—No me extrañaría. De los que han intervenido directamente en el envenenamiento, ha muerto Peter Flynn, han intentado liquidar a Thelma... No quedan más que Sandra y el «doc». No creo que el «doc» corra peligro por el momento. Pero sí puede correrlo Sandra...

Glenn preguntó a míster Custer:

—¿Me permite hacer uso del teléfono?

—Eso, ni se pregunta.

Glenn pidió el número telefónico de la sección del sindicato que presidía Beacon, considerando que podía estar allí.

Le dijeron que había salido. Y entonces llamó al restaurante en el cual solía cenar el *gánster*.

No le dijeron si estaba o no, pero preguntaron:

—¿Quién le llama?

—Diga que es de parte de Glenn Harwey...

—Sí, señor...

Transcurrieron cuatro minutos antes de que cortasen la comunicación sin que se pusiese nadie al teléfono, ni siquiera el empleado del restaurante que lo había tomado primero.

Glenn se despidió de Alicia, y de Custer. Una vez en la calle llamó un taxi, el cual le condujo hasta las inmediaciones del restaurante.

No quiso detenerse delante de la puerta, para reconocer el terreno antes de entrar en él.

Tal como había imaginado, antes de llegar a la puerta, descubrió a Bob «Relámpago» ya otro guardaespaldas.

Montaban la guardia en lugar discreto y también era discreto su comportamiento, pero no como para poder engañar a Glenn, el cual les sorprendió prácticamente.

—Hola, muchachos...

Ambos hombres dieron un respingo, volviéndose hacia el lugar por donde había aparecido el ex pugilista.

—Hola, campeón —saludó Bob.

El otro gruñó algo que Glenn no pudo entender.

—¿Sorprendido, Bob? —preguntó Glenn.

—Nada de eso. ¿Por qué había de estarlo?

—Me lo ha parecido. ¿Seguimos siendo amigos? —preguntó Glenn.

—¡Naturalmente, Harwey! Luchamos en el «ring» noblemente, venció el mejor... Y no olvido jamás que te portaste bien.

—De acuerdo... Dime, Bob ¿qué tal se portó contigo el doctor Jacobs, de Baltimore? «Relámpago» tragó saliva. Y respondió:

—Bien, muy bien.

—Sin embargo, tú no le has correspondido. Has hablado más de la cuenta sobre una de sus pacientes...

—No te comprendo...

—A los médicos no les gusta que se cuenten las historias de sus enfermos. Y tú hablaste de la neurosis obsesional de Thelma Ballinger. No digas que no es cierto...

Bob extravió la mirada cómicamente mientras el otro volvía a gruñir algo que Glenn no entendió, aunque captó el gruñido.

Tragó saliva nuevamente Bob antes de responder:

—Todo quedó entre amigos.

—Amigos de los que apuñalan por la espalda si es preciso. Flynn y el «doc» estuvieron a punto de asesinar a Thelma por haber hablado tú más de la cuenta. Yo lo evité.

—No hablemos de eso, Glenn —pidió el pandillero.

—Tenemos que hablar, Bob. Quiero evitar que te metas en un lío muy gordo...

—El que se está metiendo en un lío gordo es usted, Harwey —dijo el compañero de Bob, en aquella ocasión, con bastante claridad.

—Calle y escuche. Si cuando yo termine sigue usted pensando igual, allá usted... —Fue la respuesta de Glenn.

Bob miró a su compañero como pidiéndole que tuviese calma.

—Una mujer ha sido asesinada. Por error, pero ha sido asesinada —comenzó diciendo Glenn—. Y fíjense en que aún no acuso a nadie.

Bob y su compañero intercambiaron sendas miradas, cuya interpretación no resultó difícil para Glenn. Comenzaban a sentirse inquietos.

—He dejado a tres fulanos fuera de combate y en manos de la policía porque intentaron darme caza...

Glenn hizo una pausa para que los dos pandilleros comprendiesen bien lo que estaba señalando.

Prosiguió el joven:

—Peter Flynn y otro hombre han muerto cuando iban a asesinar a Thelma Ballinger. El «doc» se ha salvado por puro milagro en esta ocasión... Pero no irá lejos. Está desenmascarado.

—Eso no nos importa —dijo el compañero de Bob.

—De acuerdo. Pero sí os debe importar que «tostarán» a más de uno sin que valgan las influencias —dijo con energía.

El compañero de Bob «Relámpago» quiso mostrarse valiente y dijo:

—De algo tiene que morir uno.

—Da acuerdo también. Procura no equivocarte conmigo, porque ya no entregaré a nadie más. Al que se ponga delante de mí, lo destrozaré. Y tú, Bob, de seguir aquí, prepárate para dar cuentas sobre lo que le suceda a Thelma Ballinger. Serás tú quien la ha matado.

—¿La han matado...?

—No lo han conseguido, lo evité yo. Te lo he dicho. Pero siempre no puede hacer uno de ángel de la guarda.

—¿Dices que has matado a Peter Flynn? —preguntó Bob.

—Exacto. Defendiendo la vida de Thelma y la mía...

Hizo Glenn otra pausa y la rompió para decir a la vez que se disponía a marchar:

—Estáis enterados, muchachos. No olvidéis que habrá silla eléctrica para más de uno.

Y no valdrán influencias.

Como poco, Glenn había sembrado la duda entre los dos pandilleros. Y conversación le había servido también para comprobar que no había ninguno de ellos más en la calle.

Entró en el restaurante.

Y descubrió dos pandilleros más de Barry Beacon.

Se hallaban, solos, en una mesa, cerrando el paso a la de Beacon, situada ésta en un rincón, próxima a una puerta de escape y que a la vez dominaba toda la sala.

Glenn pensó que Beacon «se las sabía todas».

No estaba solo en su mesa. Le acompañaban dos hombres a los cuales conocía Glenn perfectamente. Uno de ellos era Nick Fooley, abogado del sindicato, abogado también de Beacon, al cual estaba totalmente sometido.

El otro acompañante era Selwyn Mark, el cual tenía un

importante puesto, logrado por elección, en la administración del gran municipio, precisamente en el distrito en donde se desenvolvían las actividades de Barry Beacon.

La presencia de Glenn, antes de que avisasen los de la calle, sorprendió un poco en las dos mesas.

El joven, por su parte, avanzando con extraordinaria habilidad, había logrado situarse casi a uno de los flancos de la mesa de Beacon y tenía ya casi de frente a los dos pandilleros.

Cuando éstos, sorprendidos, quisieron levantarse, Glenn, sonriendo irónicamente, dijo:

—No es necesario que se molesten, muchachos, nada de cumplidos. Pueden tratarme como si fuese de casa.

Sorprendidos los dos guardaespaldas, miraron a su jefe, el cual les indicó con la mirada que debían estarse quietos y seguir cenando como si nada hubiese sucedido.

Beacon conocía bastante bien a Harwey. Se había dado cuenta de que el joven iba armado. Y sabía que no vacilaría en usar el arma.

Y como la primera víctima podía ser él, decidió que aquello no debía pasar de una escaramuza verbal.

Glenn saludó con campechana expresión:

—Buenas noches, «caballeros». No son necesarias las presentaciones. Nos conocemos todos bien. ¿No es así?

Se dirigió tanto al abogado Fooley, como al político Selwyn Mark, el cual había cursado leyes también.

—Usted no debió haber abandonado el pugilismo; tenía en él un gran porvenir, y habría ganado dinero, mucho dinero... —dijo Mark.

—Y habría vivido muchos años con buena salud —añadió Beacon con acento incisivo.

—No me entusiasma el dinero. Y antes de que yo «pierda la salud» con mi nueva orientación en la vida, habrá quien estará «tostado», y no precisamente al sol...

Si incisivo había sido Beacon, no lo había sido menos Glenn, el cual respondió primero al *gánster*.

Luego se dirigió a Mark, para decirle:

—Agradezco su consejo. Y como no me gusta quedar en deuda, le voy a pagar en la misma moneda: Si se decide a caminar derecho,

usted, que tiene talento, puede llegar lejos y ganar tantos dólares como el que más.

Volvió a dirigirse tanto a Mark como a Fooley, para proseguir diciendo:

—Cuando uno estudia leyes y llega a conocerías a fondo, debe ser para defenderlas, no para burlarlas o ir contra ellas.

—¿No resulta conmovedor? —preguntó Fooley interviniendo por primera vez.

—A mí casi me ha hecho llorar —replicó Selwyn Mark con viveza.

—Tal vez borre el «casi» a no mucho tardar. Algunos que reían hoy, están llorando ya. Otros ni siquiera han tenido esa oportunidad. Son las cosas del juego, un juego emocionante, peligroso..., Más peligroso aún que el «*ring*», bastante más duro... Los errores se pagan caros en este juego... Su amigo Peter Flynn cometió uno, míster Fooley... Y no ha tenido ocasión de arrepentirse.

Los músculos del rostro de Barry Beacon se tensaron, dando la impresión de que iban a estallar bajo la piel.

CAPÍTULO X

—Le voy a dar una oportunidad, Beacon...

—No le he pedido nada —se apresuró a responder el aludido con expresión que reflejaba odio y dureza.

—Entregue al «doc». Usted lo tiene escondido. Me consta que fue él quien planeó el asesinato de míster Ralph Custer...

—¿Ha sido asesinado Custer? —preguntó Mark con expresión que quiso hacer humorística.

—Le voy a partir la cara, Selwyn Mark. Ahora no temo perder la licencia y no me importa que mi golpe sea considerado como empleo de arma de fuego. Tengo licencia de uso de armas —añadió en tonillo burlón Glenn.

Mark comprendió perfectamente. Sabía que Glenn sería detenido si le golpeaba. Y también que no tardaría en ser puesto en libertad tras el pago de la correspondiente multa.

El abogado Fooley, al contrario que Selwyn Mark, estaba serio, asustado casi. Conocía el prestigio de que gozaba Ralph Custer y no solamente en el distrito.

Sabía también que mucha gente no había olvidado a Glenn Harwey, que había llegado a ser un boxeador popular.

Si el joven quería, con el recuerdo de su pasado deportivo, su prestancia personal y el apoyo de Ralph Custer, podía volcar sobre ellos mucha gente, demasiada gente.

Su puesto como abogado del sindicato corría peligro. Y también el de Barry Beacon, pese a lo seguro que éste pretendía tenerlo.

Antes de que se agriasen las cosas más de lo que estaban, intervino para preguntar en tono casi conciliador:

—¿Por qué viene a provocarnos, Harwey? Porque esto es una provocación. Haga su vida y déjenos tranquilos, por favor.

—Usted sabe perfectamente por qué he venido. No se haga de nuevas. No me divierte provocar a nadie.

Selwyn Mark frunció el ceño. Y preguntó:

—¿Qué sucede? Hablo en serio...

—¿Ignora acaso que la señora Custer ha sido envenenada? —preguntó Glenn.

Bien, no lo ignoro. Ni tampoco que están acusados Custer y su sobrina del envenenamiento.

Glenn miró a Selwyn Mark, intentando conocer si se burlaba de él o si realmente ignoraba lo que sucedía.

—Si habla en serio, Mark, si ignora de verdad lo que sucede, no se meta en ello. Y elija mejor sus amistades... —respondió el ex boxeador.

El aludido miró a Beacon con expresión que reflejó intranquilidad.

—Esto es cosa mía, Mark... Mía y de Fooley, puesto que él es mi abogado. Usted puede servir de testigo —fue la respuesta del *gánster*.

Glenn sonrió, seguro de sí. Y dijo:

—Dé acuerdo, Beacon. Mister Mark servirá de testigo. La policía conoce ya la verdadera personalidad del «doc». Alguien lo dejó escapar. Por ahí sabremos cuáles son sus enlaces en el cuartel del distrito...

Hablaba con calma. Cuando aludió a lo de la policía, se dirigió a Mark. Éste dijo:

—Esa acusación es grave, Harwey.

—Suceden muchas cosas graves, tan graves que su amigo Beacon considera que la única solución es eliminarme... Lo han intentado ya. Pero ahora es tarde.

Se dirigió Glenn nuevamente a Beacon:

—Entrégueme al «doc». Si él asume toda la responsabilidad, usted se habrá salvado. Y tendré que conformarme con que desaparezca, no solamente del distrito, sino de Nueva York.

—No sé nada de lo que está hablando. Haga lo que le parezca.

—Como quiera. Recuerde que le he avisado, Beacon. Recuerde también que cuando más alto está uno, más estrepitosa es la caída...

—Si es que pretende algún puesto de los nuestros, dígalos

sinceramente, Harwey. Se le dará... Si no hay uno adecuado, se crea para usted y aquí no ha pasado nada.

—El único puesto que tiene usted seguro es el de la silla eléctrica, Beacon. El intento de asesinato contra míster Custer, del cual resultó la muerte de su esposa, no quedará impune.

Tras una pausa prosiguió:

—Usted sabe que tengo una pieza fundamental en mis manos. Iré por otra, completaré el rompecabezas y usted quedará desenmascarado.

Tras la acusación, se volvió para preguntar a Mark en tonillo irónico:

—¿Ha tomado nota? Es muy interesante para cuando tenga que comparecer como testigo... En el caso de que algún «amigo» suyo no le arrastre y se vea sentado en el banquillo de los acusados. Que todo puede suceder.

Había suficiente para asustarlos, para que cuando él se marchase, discutiesen entre sí e incluso llegasen al rompimiento.

Y sobre todo, para que Beacon moviese sus peones para eliminar a Sandra, una de las personas que además de acusada, podía ser un terrible testigo contra él.

Los tres hombres se miraban entre sí con expresiones que reflejaban recelo, aunque intentaban ocultarlo.

Y no por ello perdían de vista a Glenn, quien sonreía irónicamente.

—Sujete bien a sus perros y no intente lanzarlos, porque sería peor, Beacon. Buenas noches y que no se les agríe la cena...

Al separarse de ellos, Glenn se movió con una seguridad, con una destreza que recordaba la que había empleado hacía muy poco aún en los «*rings*», sin perderles la cara, ni a ellos, ni a los dos guardaespaldas, quienes sin embargo solamente esperaban una orden de su amo para lanzarse.

Beacon no dio la orden. Sabía lo que tal orden podía llevar implicado. Mark dijo, cuando Glenn se hubo retirado:

—Ese chico se mueve con mucha seguridad, con demasiada soltura. Sabe el terreno que pisa... No me gusta esto...

—Me tiene sin cuidado que le guste o no, Mark —respondió Beacon en tono bajo, pero con la máxima dureza.

—Si es cierto que la muerte de Cynthia Custer ha sido cosa...

—Silencio, Mark —interrumpió Beacon—. Usted se ha ligado a nosotros, irá hasta donde yo quiera. Y no intente traicionarme. Está usted en mis manos... No admito deserciones ni torpezas...

En aquel momento la expresión de Fooley no era la de un hombre asustado. Había ironía.

Aborrecía y envidiaba a Selwyn Mark, y se alegraba de verlo humillado. Beacon había dejado de prestarles atención.

Tenía prisa en terminar de cenar. Y mientras lo hacía, reflexionaba. Debería reunirse cuanto antes con el «doc», aunque tomaría las precauciones necesarias para que Harwey no te siguiera.

La visita de Harwey no había sido para pedirle que entregase al «doc». Tenía otro fin que intentaba adivinar.

Tal vez era para que le descubriese el escondite del fugitivo.

Se excusó con sus dos acompañantes y se dirigió al teléfono, al cual le siguieron sus guardaespaldas.

Debía entrar en contacto con Reemick.

En tanto, Glenn, una vez en la puerta del restaurante, había dirigido la mirada hacia el lugar en donde había dejado a Bob «Relámpago» y al otro pandillero.

En el primer momento no los vio y pensó que habrían abandonado siguiendo sus consejos.

Luego vio algo que llamó su atención. Se encaminó hacia el lugar.

Allí estaban Bob y el otro, bajo la amenaza de una pistola que empuñaba la rubia Alice. La atractiva rubia saludó alegremente al joven.

—¡Hola, Glenn! Al ver que tardabas, estaba por barrer a este par de perros para ir en tu ayuda...

La linda sobrina de Custer daba la impresión de que estaba representando una escena, tal era su tranquilidad.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el joven.

—Cuando consideraron que tú no contabas ya con ellos como enemigos, iban dispuestos a sorprenderte por la espalda. Entonces entré yo en escena. Había oído todo...

—¡Imbéciles! No me hubieseis sorprendido. Contaba con vosotros, con los otros dos y con todos... Y os habría barrido.

Fue una especie de explosión que asustó a los dos guardaespaldas.

—Creo que si los limpiásemos haríamos un bien a la humanidad —intervino Alice.

—Estás pensando lo mismo que yo...

—Podemos emplear las pistolas de ellos. Tú la de uno y yo la del otro. Ellos usan silenciador... Cuando los recojan pensarán que riñeron y se mataron el uno al otro.

—Es una buena idea...

Glenn despojó de la pistola al compinche de Bob; mientras Alice desarmaba a «Relámpago».

—Ajústale el silenciador. ¿Sabes hacerlo? —preguntó Glenn a la chica.

—Perfectamente... Soy una buena tiradora. Y aquí el blanco es fácil. Bob temió por su piel.

En cuanto al otro, pese a sus fanfarronadas anteriores, tembló a la vez que desencajaba la mirada.

Fue Bob quien habló, diciendo en tono suplicante:

—¡Fuimos amigos, Glenn Harwey!

—Eres un cerdo. Los pandilleros no reconocéis amigos. Has caído más bajo de lo que yo podía imaginar...

—¡Nos iremos lejos, Glenn! ¡Te lo prometo!

—Seguro que iréis lejos; a un lugar del cual no ha regresado nadie.

—¡No puedes hacer eso con nosotros, Glenn!

—Olvida mi nombre, Bob «Relámpago»...

—Dejaré este perro oficio. Y Lester también lo hará. Montaremos un gimnasio por Montana. Lester es de allí. Dice que hay gente estupenda. Tenemos ahorrado algún dinero...

En lugar de responder, preguntó Glenn a la rubia:

—¿Qué dices, Alice?

—Que si los vuelvo a ver los baleo en donde los encuentre. Yo sabré arreglarlo...

—No hay nada que arreglar. Con dos indeseables como éstos la razón está siempre de nuestra parte...

—Que se larguen... —dijo la rubia.

—Ya lo habéis oído. ¡Haced la del humo! ¡Perdeos! ¡Rápido!

Los dos pandilleros, como obedeciendo a un mismo mecanismo, echaron a andar al tiempo, con rapidez que tenía mucho de cómica, perdiéndose de vista rápidamente mientras los dos jóvenes reían

alegremente.

* * *

Glenn no vaciló en darse a conocer cuando Sandra Patton se puso al teléfono a requerimiento suyo.

—No he oído bien... —dijo la pecosa ex doncella de Cynthia Custer.

—Para mí que ha oído perfectamente. Soy Glenn Harwey, abogado de la señorita Vernon...

—¿Qué desea?

—He descubierto ya que usted dejó su llave para que una persona echase el veneno en el zumo de naranja destinado al señor Custer...

—No estoy para bromas...

—Le conviene escucharme. Pero si piensa que es broma, cuélgue usted el aparato... Le sorprenderá lo que se le vaya encima después...

Siguió un lapso de silencio, al cabo del cual dijo la pecosa pelirroja:

—Está bien. Diga.

—Sé que esa persona estuvo en la casa los dos martes anteriores, para ambientarse. Sé también que usted limpió a la mañana siguiente el vaso que había preparado Stone...

Comprendió Glenn que Sandra estaba muy asustada, tal vez a punto de desmayarse. Tras un breve lapso de silencio prosiguió Glenn:

—Sé que intentaban matar a míster Custer y que la muerte, en su lugar, de su esposa fue puro accidente. Sucedió porque usted necesitaba una coartada, porque si moría envenenado el señor Custer, sabía que se sospecharía de usted. ¿Continúo?

Tardó en llegar la respuesta. Sandra dijo al fin:

—¡No, por favor!

—Yo sé que usted quería de verdad a la señora Custer. Que hubiese dado su vida por ella. De haber estado usted allí, ella no habría muerto, aún a riesgo de descubrirse todo. A la otra persona le faltó valor...

—No siga por ahí, por favor... —volvió a suplicar Sandra.

—De acuerdo... Ellos han intentado asesinar a la persona que puso el veneno en el zumo. Querían quitarse un molesto testigo...

—¿Por qué, si fue esa persona la que consumó el envenenamiento? —preguntó Sandra.

—Porque se dan en ella unas condiciones de irresponsabilidad que hace recaer una mayor culpa sobre los que la han manejado —respondió Harwey—. ¿O no me cree?

Sandra suspiró y dijo al cabo:

—No voy a tener más remedio que creerle...

—Debe creerme. He logrado arrancarles de entre las manos a esa persona cuando se disponían a matarla con una inyección. Tengo motivos para pensar que es usted la que corre peligro ahora...

—¿Yo? No se atreverán... —comenzó a decir Sandra.

—¿No se atreverán? ¿Está segura? ¿Porque cuenta con la protección del sargento

O'Neil?

—preguntó Glenn interrumpiéndola.

La pecosa pelirroja no respondió. Y el abogado prosiguió:

—¿Sabe quién secuestró a la persona que puso el veneno? Su más íntimo amigo... Los *gangsters* no reconocen compañeros ni amigos. Cuando el jefe ordena matar, ellos matan, aunque sea a su padre...

—¿*Gangsters*...? —preguntó Sandra, dando la sensación de que le sorprendía y le molestaba la palabra.

—Sí, *gangsters*. ¿Qué ha creído usted? *Gangsters* que incluso tienen entre la policía gente que les informa y les sirve. Tenga cuidado, no sea que su amigo Pat

O'Neil

sea uno de tantos.

Glenn recibió la sensación de que Sandra estaba aterrorizada. La mujer dijo:

—No puede ser...

—Estoy dispuesto a encargarme de su defensa, Sandra. A evitar primero que los *gangsters* la asesinen. A defenderla después en el juicio, porque la juzgarán.

—¡Eso no sucederá! —chilló la mujer.

—Allá usted. Sucederá... Es cómplice de un asesinato y tengo las pruebas.

—¡Déjeme tranquila! ¡Déjeme tranquila! —gritó la mujer.

—¿Por qué grita? ¿O es la conciencia la que grita dentro de usted? Respondió un violento golpe en el teléfono.

Sandra había optado por enhorquillar el tubo, cortando la comunicación. Glenn enhorquilló a su vez y se volvió a Alice, que le acompañaba.

—Está asustada, muy asustada. Se siente culpable.

—Ya me he dado cuenta...

—Creo que intentará huir —dijo el abogado.

—¿Sabes que resultas un peligroso enemigo?

—Hay algo mejor en mí. Resulto un magnífico amigo. Y cuando quiero, quiero de verdad...

—¿Eso es una declaración de amor? —preguntó la rubia con picardía.

—Es un principio...

—¿Eres de los que se casan?

—El matrimonio no es fundamental para mí, es accesorio. Pero no lo rehúyo...

—Eso está mejor. Creo que no lo pensaré demasiado... Glenn la enlazó por el talle, atrayéndola hacia sí.

CAPÍTULO XI

Sandra no salió de la casa en donde se había refugiado hasta que no llegó a buscarla el taxi que había pedido.

Comprobó a través de la mirilla que era el mismo número que le habían dado después de asegurarse de la llamada.

Había logrado una reserva en el avión que, partiría cincuenta minutos más tarde para Montreal.

Tenía todo preparado. Se había despedido de la familia. Y no tuvo más que tomar su saco de viaje y una ligera y pequeña maleta más.

Cuando cerró la puerta después de haber salido, pensó que allí mismo había terminado su seguridad.

El chófer, joven, de aspecto normal, había dejado su puesto tras el volante tan pronto la vio y después de abrir la portezuela del vehículo adelantó hacia ella para tomar de sus manos la pequeña maleta.

En el momento en que el taxista tomaba la maleta de su mano, comprendió Sandra que estaba vendida.

El chófer se hallaba bajo la amenaza de un arma que empuñaba un hombre situado en el interior del taxi.

Y por la parte contraria del mismo salió otro hombre que la encañonó a ella con otra pistola.

Recordó lo que le había dicho Glenn no hacía mucho sobre el peligro que corría. El taxista, a su vez, le recomendó:

—No se mueva, será mejor. He sido sorprendido, lo mismo que usted.

—¡Quieren asesinarme! —exclamó Sandra.

—Lo siento. No he tenido ninguna culpa —se excusó el taxista. Uno de los hombres apremió:

—¡Eh! Menos darle a la lengua y al carro...

El que se mantenía en el interior del automóvil, pendiente del taxista, salió y empujó al conductor para, que se hiciese cargo del volante.

El otro se hizo cargo de Sandra, empujándola también en dirección al automóvil.

Parecía que todo iba a concluir allí, con el secuestro de Sandra, cuando surgió un hombre.

Era uno de los detectives privados de la agencia que dirigía Wilson.

Empuñaba también una pistola y ocupó rápidamente una posición que le permitió dominar a los dos pandilleros.

—Dejen caer las armas, o los acribillo. Y tengan en cuenta que soy un poco nervioso...

Los pandilleros, como si esperasen la aparición del desconocido, no parecieron sorprenderse y dieron la impresión de que iban a obedecer, agachándose para dejar sus respectivas pistolas en el suelo.

Sandra reflejó terror y abrió la boca para advertir a su salvador.

Había surgido otro pandillero a espaldas de éste y había levantado una pistola, la cual había empuñado por el cañón.

E inmediatamente el ama cayó, silbando en el aire.

El detective intuyó el ataque e inició un salto de costado para evitarlo. Pero era tarde ya y se tambaleó al recibir el golpe en la cabeza.

Dejó escapar la pistola el hombre de Wilson, sintiendo al propio tiempo que las piernas se le doblaban negándose a sostenerlo.

Los dos pandilleros casi no habían llegado a soltar las pistolas y se dispusieron a levantarse nuevamente con ellas.

Se produjo entonces como una especie de ciclón.

Un *gánster* que acompañaba al que había golpeado al detective privado, cayó fulminado por un golpe que le asestó Glenn, el cual había hecho su aparición de la manera más inesperada.

Con breves segundos de diferencia fue golpeado también el que había golpeado. Éste necesitó un segundo golpe para extraviar la mirada, a la vez que se derrumbaba.

El pandillero que se había hecho cargo de Sandra trató de escudarse en ella y hacer fuego, pero recibió un duro puntapié en la

boca.

Glenn le había atacado de forma, inverosímil y el hombre salió lanzado hacia atrás, dejando escapar la pistola.

Se escuchó casi al mismo tiempo que el golpe un siniestro crujir de huesos y el pandillero quedó tendido en el suelo, rota la columna vertebral.

Alice había entrado por el lado contrario de Glenn y había atacado al otro pandillero, al cual sorprendió clavándole materialmente a la altura de los riñones el cañón de su pistola.

—Estese quieto. Por mucho que le suceda luego, siempre será mejor que si se mueve. Su dominio de la situación era absoluto.

—Deje caer el arma —fue la orden que siguió al ver que el pandillero oponía cierta resistencia.

Glenn había adelantado al ver la resistencia que el *gángster* oponía, y le obligó a dejar el arma asestándole un manotazo.

E inmediatamente lo abofeteó a derecho y revés, haciendo oscilar la cabeza del pandillero que finalmente cayó sentado, extraviada la mirada a causa de los golpes.

Glenn se dirigió a Sandra, para decirle:

—Creo que por un momento ha llegado usted a echarme de menos.

—¿Ha organizado esto para convencerme? ¡Pues se equivoca!

—No me equivoco. La llevaré detenida con ellos. Y ya reflexionará.

—¡No puede detenerme! Yo tengo una reserva... —comenzó a decir Sandra.

—¿Ha pedido permiso para abandonar la ciudad? —preguntó Glenn. No obtuvo respuesta y el joven abogado prosiguió diciendo:

—Usted no podía abandonar la ciudad... Y posteriormente, al tener pruebas contra usted, ha sido dada ya la orden para que se la detenga.

El primero en recobrase fue el detective privado que trabajaba para la agencia de Wilson.

Glenn se presentó a él. Por su parte el detective conocía perfectamente a Alice. El taxista dijo señalando para el de la columna vertebral rota:

—Ese hombre está muerto.

—Se me ha ido el golpe, lo reconozco. Pero él tenía la pistola en

la mano, iba a tirar... Y no estaba la cosa como para florituras.

El detective privado dijo cuando se hizo cargo de la situación, mientras restañaba la sangre con un pañuelo:

—No comprendo aún cómo me han podido sorprender.

—Simplemente. Ellos estaban seguros de que yo intervendría para evitar el secuestro, como hice ya esta tarde. Y venían preparados, sin contar con usted. Yo sí había contado con usted. Espero que no me lo tenga en cuenta...

—Bueno, son gajes del oficio —respondió el detective—. Por otra parte, usted me ha salvado del fracaso. Y lo que es mejor aún, me ha salvado la vida, Estos fulanos son de los que no quieren dejar testigos a sus espaldas...

Los dos hombres se hicieron cargo de los tres *gangsters* que habían sido dejados fuera de combate por Glenn.

—¿Qué hacemos con ellos? —preguntó el detective privado.

—Simplemente, entregarlos a la policía acusados de intento de secuestro. O mejor aún, de secuestro frustrado...

Seguidamente se dirigió a Sandra:

—Usted también será entregada a la policía...

—Pero usted dijo que me defendería...

—Es lo que he hecho. De no haber intervenido, usted sería ahora un cadáver más. Para evitar su detención, es ya un poco tarde. No quiso escucharme cuando aún era tiempo.

Sandra dirigió una mirada suplicante a Alice y ésta la dirigió a su vez a Glenn. El joven reflexionó.

Entregar a Sandra equivalía a correr un riesgo bastante grande de que la pecosa pelirroja fuese muerta por los agentes de que el bien organizado Beacon disponía en bastantes sitios.

Sandra, junto con Thelma Ballinger, eran piezas fundamentales para exculpar a Custer y a su linda sobrina.

Y para acusar a Beacon y al siniestro Arthur Reemick.

No podía entregarlas hasta que ellos no hubiesen sido detenidos y desarticulada su organización.

Sin embargo, estaban allí el taxista y el detective privado. Y había un cadáver.

El taxista intervino para decir:

—Yo no entro ni salgo en la cuestión. Puede hacer lo que considere mejor. Bastante ha hecho por mí... Esos fulanos me

habrían suprimido con ella, para que no los pudiese delatar.

El detective privado pidió a Glenn:

—¿Por qué no permite que lo arregle a mi manera? Ella ha podido escapar mientras el taxista y yo luchábamos...

—Es una idea... —dijo Glenn.

—Ellos no han tenido ocasión de reconocerle. Están aturdidos aún y lo único que les ha impresionado ha sido que alguien ha zurrado. He podido ser yo en una inesperada reacción...

—Nada que oponer. Y gracias...

—Gracias a usted, Harwey. Seguimos respirando gracias a su aparición. Alice hizo una señal a Sandra.

—Vamos. Mi automóvil no está lejos. Usted vendrá a mi casa. Ellos no pueden imaginar que se refugia allí.

Volvió la pecosa pelirroja a mirar a Glenn con expresión suplicante y pidió:

—Usted me defenderá...

—La defenderé... Y el señor Custer me ayudará, a pesar de todo, aunque él no figurará en nada. No debe hacerlo.

—Lo comprendo —admitió la que había sido doncella de Cynthia Custer.

Poco después, mientras los *gangsters* eran llevados en el taxi para ser entregados a la policía, la rubia Alice al volante, Sandra y Glenn en el asiento posterior, se dirigían a casa de la rubia.

Les abrió Stone, el cual mantuvo su digna apostura de siempre a la vista de Sandra, a la cual sabía culpable.

Custer recibió a la que había sido doncella de su esposa de la manera más natural.

El tío de Alice y Glenn interrogaron a Sandra, mientras la linda actriz preparaba bebidas, que todos necesitaban.

Sandra no hizo más que confirmar lo que ya sabían Glenn y Custer, señalando únicamente detalles que ellos forzosamente debían ignorar.

En cuanto a Pat

O'Neil,

el sargento de policía que debía servir para confirmar su coartada, no podía decir nada respecto a él.

—Ni le puedo defender ni le puedo acusar. No parece un mal muchacho...

—¿Por qué se prestó a atentar contra la vida del señor Custer?
—preguntó finalmente Harwey.

Sandra dio la impresión de que tenía miedo a hablar. Glenn, para ayudarla, comenzó a decir:

—Esa zona de muelles en donde domina Beacon se presta magníficamente para introducir drogas prohibidas. Estoy seguro de que si alguien descubre algo, cerrará los ojos... Porque si no los cierra se los cerrarán —dijo Glenn con intención.

La pecosa pelirroja dirigió a Custer una mirada medrosa y comenzó diciendo:

—Yo quería mucho a la señora... Ella era desgraciada y yo quería verla feliz... En una ocasión me pidió que le buscara una de esas drogas... Fue cuando entré en contacto con ellos...

—¿Con quién...?

—Con un tal Tomy Sacco...

Custer y Harwey intercambiaron sendas miradas de entendimiento. El ex pugilista dijo:

—Lo conozco. Intentó ser boxeador, pero le faltaba valor para ello. Continúe, Sandra...

—Bueno, ellos llegaron a negarme la droga: la señora sufría... Me tuvieron ya en sus manos...

—Prosiga sin temor alguno —la animó Custer.

—Por otra parte, yo estaba obcecada también. Consideraba al señor Custer culpable de que la señora fuese desgraciada... Ellos me amenazaban continuamente, incluso con matarme. Me dijeron que yo sabía ya demasiado y que no se podía confiar en mí...

Los dos hombres escuchaban atentamente, buscando la forma en que debía ser enfocada la defensa de Sandra, a la cual llegaron a considerar como una víctima más de la organización.

Glenn dijo a Custer:

—Beacon temía que usted resultase elegido, no porque le pudiese hacer una investigación en el sindicato. Tal vez el sindicato sea la tapadera para hacer creer que su prosperidad sale de allí... Y también porque con el sindicato en las manos, puede dominar el muelle, es decir, la entrada de la droga...

Custer aceptó la idea con un movimiento afirmativo de cabeza. Y dijo:

—Sí, está claro. El temía una investigación en el muelle, que yo

dirigiese una represión contra el contrabando y distribución de drogas... El sabe que por mi parte no ignoro que trabajó tiempo atrás en tal asunto. Y hasta quiso envolverme en él diestramente...

Poco después los dos hombres despedían a Sandra, a la cual acompañó Alice a su alcoba.

Glenn tomó el teléfono, entrando en contacto a poco con Barry Beacon en persona.

—Ha perdido otra batalla, Beacon. Usted ha ido acudiendo hasta el momento al lugar que a mí me ha interesado. Es usted menos inteligente de lo que yo había imaginado.

Siguió un pequeño lapso de silencio, un resoplido y al fin una especie de explosión. Fue un grito de Beacon, que dijo:

—¡Le mataré, Harwey! ¡Y también a Custer! ¡Se lo puede decir! Aunque sea lo último que haga en mi vida.

—Huele usted ya a tostado, Beacon... La silla eléctrica le espera y no habrá nadie que le libre de ella...

—¡Eso no sucederá nunca! ¡No puede suceder! —chilló el *gánster*.

—¿Entonces por qué se exalta? ¿A qué ese miedo? Por si no lo sabe aún, he librado de la muerte a Sandra Patton. Ella declarará todo lo que sabe, que no es poco... Puede empezar a temblar si no lo ha hecho aún —agregó Glenn en tono hiriente, burlón.

Inmediatamente, antes de que el otro tuviese ocasión de responder, cortó la comunicación.

CAPÍTULO XII

En el establecimiento de Mike Hammer, próximo al muelle, normalmente se hablaban pestes de Barry Beacon, de sus amigos y de los sucios manejos y los favoritismos que se sucedían en los muelles en que ellos dominaban.

Sin embargo, aquello era una simple labor de provocación para descubrir a los que estaban contra la organización de Beacon en el muelle.

Y también porque servía de tapadera, ya que constituía uno de los mejores escondites que usaba la gente de Beacon cuando era perseguida por la policía.

Era aquél el escondite preferido de Reemick el «doc», el que había escogido en aquella ocasión después de haber hecho desaparecer en las aguas del East River, con el correspondiente peso para que no salieran a flote, los cuerpos de Peter Flynn y el otro pandillero que había caído a su lado.

La taberna de Mike Hammer era uno de los más antiguos edificios de aquella parte sudeste de Manhattan.

Tenía una entrada principal que recaía a la parte del muelle. Era la conocida, la que empleaban todos.

Y tenía otras puertas de salida que a quien no las conociera bien, no podía imaginar si correspondían a la taberna o a los otros pequeños edificios que estaban apelotonados con ella.

Arthur Reemick confiaba en que, aún en caso de sorpresa, no le resultaría difícil escapar.

No ignoraba el «doc» que las cosas se le habían puesto feas y que si vivía y estaba libre era porque Glenn Harwey lo necesitaba vivo, no lo había querido matar.

Llegó a pensar el «doc» que no estaba seguro en aquel escondite

ni en ninguno de los que podía disponer. Ni siquiera en la casa de Beacon.

Y pensó en la posibilidad de huir, de alejarse.

¿Adónde?

La verdad era que no había previsto el caso, que se había sentido demasiado seguro y no tenía a dónde ir.

Era muy posible que en aquellos momentos la policía tuviese cercado el muelle, vigilada la taberna de Hammer, el bar de Alma, la rubia platino, en el que ella no tendría gusto alguno en esconderlo.

Oyó ruido de alguien que se acercaba y miró a su compañero de escondite, el cual estaba tendido sobre un camastro, resentido aún por el golpe que había recibido en la nuca.

El aspecto de Reemick era lastimoso, hinchada la parte correspondiente al puente de la nariz, en donde tenía una ligera herida; y muy hinchada y con heridas de bastante consideración la boca.

Llamaron a la puerta cuando ya Reemick había echado mano a su pistola y su compinche se incorporaba en el lecho, dispuesto a imitarle.

La llamada era conocida. Barry Beacon en persona.

—Adelante —autorizó Reemick.

Entró Beacon, con el cual no iba en aquella ocasión ningún guardaespaldas. A modo de saludo, el recién llegado dijo:

—Debiste dejarte matar antes de permitir que Harwey se llevase a la Ballinger.

—Puedes acusarlo de secuestro.

—No seas estúpido. Ella está de acuerdo. Él le salvó la vida...

—No fue cosa mía no dejarme matar, no tuve tiempo de elegir. Harwey no me mató porque quiere cazarme vivo. Y mató a Flynn porque tuvo que actuar a la desesperada. Creo que iba solo cuando nos atacó.

—Cuatro hombres y os dejasteis vencer —reprochó Beacon.

—¿Qué habría hecho usted? —preguntó el compañero de aventura de Reemick.

—A mí no me habría vencido.

¿Por qué no fue usted? Le iba tanto o más que a nosotros.

—Pago para algo...

—El golpe que he recibido en la nuca no se paga con nada. Y a Flynn no le servirá de gran cosa la paga de esta semana —replicó el hombre.

—Ya hablaremos —respondió con dureza Beacon—. Ahora déjanos solos.

El hombre salió de mala gana, tambaleándose ligeramente al dar los primeros pasos. Cuando hubo salido, dijo el «doc»:

—Ha faltado poco para que lo matase. Harwey tiene la mano dura, muy dura; hace daño hasta sin querer...

—Dejemos eso —señaló Beacon—. Sandra Patton está también en manos de Harwey. Ella intentó escapar de nosotros y de él... Yo le había preparado una trampa a Harwey sirviéndome de cebo ella...

Señaló un gesto de desaliento y añadió:

—Pero no valió.

—¿Cuántos han caído? —preguntó Reemick.

—Cuatro. Tres en manos de la policía y uno muerto. Fooley y Mark se están encargando directamente del asunto.

—El tal Harwey nos está dejando sin gente —lamentó el «doc».

—Así es. Bob «Relámpago» ha desaparecido y con él se ha largado Power.

—¿Muertos?

—No creo. Según mis noticias, Harwey les metió el miedo en el cuerpo.

—Tendremos que echar mano de los grupos de distribuidores...

—Ni hablar. Eso no se puede tocar, y menos, cuando estamos esperando un cargamento...

Volvieron a oír ruido de pasos. Los dos hombres se miraron extrañados.

—Tienen que ser amigos. Las órdenes son muy severas —señaló el «doc».

Llamaron a la puerta. Beacon reconoció la contraseña que empleaba normalmente Fooley.

Abrió personalmente. Con Fooley entró Selwyn Mark.

—¿Los han soltado ya? —preguntó Beacon.

—No. Y vamos perdiendo terreno. En el distrito han suspendido a Baer, a O'Neil

y a Martens —informó Mark.

—¿Motivos? —preguntó Beacon.

—Acusados de negligencia por no haber llegado a tiempo de detener a Arthur Reemick, conocido por el «doc».

A tiempo que hablaba, Selwyn Mark miró significativamente al aludido.

—Mientras no pase la cosa de ahí... —intervino el «doc» sin querer darle importancia a lo que oía.

—La cosa pasa de ahí. Han movilizado bastante policía para darle caza —dijo Fooley dirigiéndose a Beacon.

—Reemick no saldrá de aquí —fue la respuesta de Beacon.

—Vendrán en su busca. Parece que

O'Neil

habló más de la cuenta con Sandra Patton, para darle seguridades. Y Flynn se había ido de la lengua con Thelma Ballinger —acusó Fooley—. Es malo mezclar mujeres en estas cuestiones.

—¿Qué se hace con uno cuando por sus torpezas y su cobardía pone en peligro a los demás? —preguntó Mark.

El «doc» intentó llegar a su pistola, que había guardado. Mark, preparado después de su pregunta, se le adelantó y lo encañonó.

—Quieto, Reemick. No me gustan las sorpresas. Fooley dijo dirigiéndose a Beacon:

—Lo siento, Barry, pero Reemick es un peligro para todos nosotros; para ti más que para nadie. Le llegó la hora y él mismo debe aceptarlo así.

—Soy yo quien debe decidir quién es un peligro, y a quién le llega la hora y cuándo.

—¡Largo de aquí los dos! —exclamó Beacon irritado.

A la vez que hablaba, Beacon hizo un movimiento para desenfundar su pistola, dispuesto a imponerse por la fuerza si era necesario.

Giró ligeramente Mark a la vez que advertía a Beacon:

—¡Quieto!

Y Reemick aprovechó para desenfundar su pistola con rapidez felina, haciendo fuego antes de que Mark lo encañonase de nuevo.

Se estremeció Mark al ser alcanzado por la bala, desorbitó la mirada, y dejando caer la pistola se fue derrumbando lentamente, aferrándose a un mueble para tratar de evitar la caída.

Fooley no iba armado, se vio en peligro y corrió en dirección a la puerta, la cual llegó a abrir.

Cuando se consideraba ya a salvo sufrió un estremecimiento y sintió que se le nublaba la vista.

Había sentido el choque de una bala en la espalda. Luego otra y otra. Y comenzó a caer, a pesar de su esfuerzo por mantenerse en pie.

En el mismo momento se producían en el exterior de la pieza voces de advertencia, ruido de pasos y también de disparos.

Un hombre entró de manera violenta en la pieza. Había sido alcanzado por un balazo y tras una voltereta fue a caer a los pies de Beacon.

Reemick y el propio Beacon vieron caer cerca de la puerta a dos más de sus hombres.

Los que se habían mantenido vigilando.

Descubrieron a alguien que atacaba con inigualable audacia, avanzando con impresionante velocidad.

Lo reconocieron. Era Glenn Harwey.

Y ambos a la vez gritaron, como si necesitasen darse ánimos:

—¡Hay que barrerlo!

Tiraron al mismo tiempo, con rapidez vertiginosa, tratando de sorprender a su atacante.

Vieron que Glenn caía y experimentaron una alegría que tenía mucho de salvaje.

El ex pugilista había dado una aparatosa voltereta y fue entonces él quien hizo fuego cuando ellos, comprendiendo su error, se disponían a tirar de nuevo.

Ambos se dieron por muertos, experimentaron un miedo espantoso y cerraron los ojos.

El primer disparo que hizo Glenn destrozó la mano de Reemick, dejándolo inerte.

Repitió el disparo para clavar la bala en el brazo de Beacon, quien también dejó escapar su pistola.

Se alzó Glenn rápidamente. No había sido tocado.

Entraron tras él dos policías de paisano, tres más de uniforme y finalmente el fiscal del distrito, acompañado por el señor Custer.

Glenn acusó:

—Ahí tienen a Arthur Reemick, alias el «doc». No es necesario

que les presente a Barry Beacon... Ellos han disparado contra míster Mark y contra Fooley...

El «doc» tuvo el descaro de decir en tono violento:

—¿Iba a permitir que me friesen a tiros?

—Fooley iba siempre desarmado, lo sé bien —señaló Glenn.

—Ha sido él —acusó Beacon señalando a Reemick.

—Acepto que he matado a míster Mark... ¡Menudo míster! Pero contra Fooley hemos disparado los dos.

—Lo podrán comprobar —acusó a su vez Reemick.

Antes de que el otro le acusase de traidor, gritó dirigiéndose a su compinche:

—¡Sí! ¡Estoy perdido de todas maneras y no podrías hacer nada por mí! Justo es que pagues lo tuyo... Obedecí porque soy así, pero te dije que era un mal asunto meterse con míster Custer... Y eso que no podía imaginar que Glenn Harwey iba a intervenir.

Glenn se mostró hiriente cuando se dirigió a Beacon:

—Se lo dije, B. B. Se ganaría usted a pulso la silla eléctrica. Mejor dicho, se la había ganado ya. Y por si fuera poco, aquí tenemos a esos dos —añadió señalando para los cuerpos de Fooley y de Mark.

Uno de los policías de paisano conminó a los dos *gangsters*:

—En nombre de la ley, dense presos por asesinato. Todo cuanto manifiesten desde ahora será tenido en cuenta como declaración voluntaria...

—No es necesario que siga...

Tras la policía llegaban los del servicio sanitario, los cuales se hicieron cargo de los cadáveres.

Entraron también los del equipo técnico de policía, los cuales iniciaron su tarea. Glenn y Custer fueron los primeros en retirarse.

El primero de ellos, asesorado por el segundo, se había hecho cargo de la defensa de Thelma y de Sandra, las cuales habían sido entregadas ya a la policía, tras la aceptación de la medida por parte de ellas.

Los informes del doctor Jacobs, de Baltimore, dados telefónicamente, no tardarían en llegar por escrito, debidamente legalizados.

Y ello exculparía a Thelma, la más culpable de las dos mujeres.

La culpa de Sandra, mucho menor, también que daba paliada

por los móviles que la habían impulsado.

La ayuda que habían prestado con sus declaraciones les debía servir de mucho. Glenn, una vez se reunió con la linda Alice, dijo tomándola entre sus brazos:

—El único que no tiene solución soy yo. Mi condena va a ser para toda la vida. Aunque contigo, vale la pena, ¿no es así, rubia?

—¡Pues no creo que a mí me toque menos que a ti! —exclamó ella.

—Tienes razón. No había pensado en ello... Menos mal que tu tío será mi defensor cuando saques las uñas...

—Repite eso y... —comenzó a decir la rubia.

No pudo continuar. Glenn le había sellado la boca y no precisamente con estilo judicial...

FIN



Alfonso Arizmendi Regaldie (San Cristóbal de la Laguna, Islas Canarias 1911 - Valencia 2004), más conocido por el seudónimo Alf Regaldie formado con la abreviatura de su nombre y con su segundo apellido, de origen francés, aunque también utilizó el de Carlos de Monterroble.

Aunque nació en la localidad canaria de San Cristóbal de la Laguna, durante la mayor parte de su vida residió en Valencia, por lo que se le puede considerar con toda justicia miembro de pleno derecho de la escuela de ciencia-ficción valenciana.

Al igual que ocurrió con otros muchos contemporáneos suyos, tuvo la desgracia de verse atrapado en la vorágine de la Guerra Civil española, participando como combatiente en el bando republicano, lo que le acarreó, como es fácil suponer, serias dificultades una vez acabada la contienda, llegando a estar encarcelado por ello durante siete años.